3 1761 09545271 0

LS
I82
Yc

Coloma, Luis

Discursos leidos ante la Real Academia Española en la recepcion publica: [El padre Isla].

P. Luis Coloma

Discursos
en la
R. A. Española

LS
I82
Yc

Isla, José Francisco de

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCION PUBLICA DEL

RVDO. P. LUIS COLOMA

EL DIA 6 DE DICIEMBRE DE 1908

319017
8-35
27.

MADRID
TIPOGRAFÍA DE LA REVISTA DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS
Infantas, 42, bajo.
1908

A mi querido colega D. Antonio de Hoyos
su affmo en Cristo

Luis Coloma

DISCURSO

DEL

RVDO. P. LUIS COLOMA

Señores Académicos:

Aconseja la prudencia evitar siempre el peligroso escollo de hablar de sí mismo. Y llamo á este escollo, peligroso, porque preciso es, para hablar de sí, hacerlo bien ó hacerlo mal; y lo primero es siempre la necedad del orgullo, y lo segundo puede ser fácilmente la tontería de la humildad. Permitidme, pues, señores, que, obedeciendo á esta regla de prudencia, corra un denso velo sobre la serie de preguntas que yo me hago, y de respuestas que yo mismo me doy, de unos meses á esta parte, encaminadas todas á resolver un problema que, á pesar de mis esfuerzos, queda siempre ante mis ojos obscuro, borroso, inexplicable, insoluble... ¿Por qué me habéis elegido, señores Académicos?... ¿Qué visteis en mí para darme un asiento entre vosotros en este templo del saber, y autorizarme por ende para que pueda decir, con razón y con orgullo, del talento y del genio, lo que de la rosa dijo aquel poeta de Oriente: «No soy la rosa, pero he vivido junto á ella»?..

Y como me hallase un día abrumado bajo el peso de estos pensamientos; unos, de gratitud inmensa hacia vosotros; otros, de mortificantes dudas sobre mí mismo, abrióse de repente la puerta de mi aposento, como en otro tiempo la del de Cervantes, y entró, á deshora, un mi amigo, mozo despierto y muy taimado, que me trastrueca todos los libros y me revuelve todos los trastos de la mesa, y se cree encargado por la Providencia divina de matar mis ilusiones antes de que nazcan, á la manera de aquel esclavo que repetía sin cesar al oído del triunfador romano: «Acuérdate de que eres mortal.»

Preguntóme el motivo de mis cuitas: díjeselo yo cándidamente, y él, sin soltar la risa ni darse palmada en la frente como el amigo de Cervantes, fuéme repitiendo punto por punto, en substancia, las primeras razones que aquél dice á éste en el memorable prólogo del *Quijote*... «Por Dios, hermano, que ahora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiempo que ha que os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones. Pero ahora veo que estáis tan lejos de serlo, como el cielo de la tierra.» Porque, venga acá, si no, Padre, y dígame: ¿No son esos señores Académicos varones insignes, de saber profundo, de erudición vastísima, de talento preclaro y de genio sublime muchos de ellos?.. ¿No forman, en suma, la aristocracia del saber, el Areópago de los sabios?.. Apresuréme yo á afirmar estas verdades tan notorias, y añadió él vivamente: «Pues cate ahí, Padre, por qué os han elegido: porque son varones insignes, talentos preclaros, genios sublimes y Areópago de sabios; por eso, por eso mismo os han elegido»...

Sentí en mi frente el cosquilleo del orgullo; pero ni aun enrojecer me dejó aquel enemigo: «Recuerde—me dijo—este aforismo de un ingenio malogrado, que encierra la clave del portento que os asombra y enorgullece.» Y con el índice empinado y estiradas las cejas, dijo lentamente, muy recio, recalcando mucho las palabras: «La diferencia característica entre los necios y los sabios está, en que los primeros *dicen* las sandeces, y los segundos, los sabios, las *hacen*. Vuestra elección, Padre mío muy amado, justifica el aforismo: con ella pagaron los Académicos el fatal tributo á la sandia naturaleza humana...»

Bajé la cabeza avergonzado y mohino; porque, aunque por ruin me tengo, no sufre mi imperfección que tan rudamente se lo digan; que no en balde dijo profundamente aquel filósofo aguador, natural de Compostela: «Una cosa es ser jalleju y otra que se lo digan á unu.» Pero allá en mi interior, díjeme muy bajito y algún tanto desconsolado y temeroso: ¿Y por qué no ha de ser verdad lo que dice este simpático trasto? ¿Por qué no ha de tener razón este diablejo tentador de la paciencia mía?.. ¿Acaso el viejo Horacio no dejó ya consignado que *aliquando bonus dormitat Homerus*?.. Y francamente, señores Académicos, desde aquel momento creí que al tiempo de ele-

girme os habíais dormido como el colosal poeta griego, y ya sólo pensé en pediros por caridad que no despertéis mientras yo viva; porque si, como este templo del saber tiene puerta de entrada, la tuviera también de salida, presto me encontraría yo en la calle de Felipe IV, no bien el buen Homero descabezase la siestecilla.

***

Y para mayor confusión mía, señores Académicos, me habéis señalado el sitial vacante de un escritor eminente, que tanto bien hizo con su pluma, que con razón pudo decir de él un poeta, cantando su muerte:

Y es motivo de consuelo
Que al alma de gozo abruma,
Ver que al bueno en este suelo
Puede bastarle una pluma
Para remontarse al cielo.

No conocí personalmente á mi ilustre predecesor D. Valentín Gómez; pero la primera vez que llegó su nombre á mis oídos resonó también en mi corazón, y allí quedó grabado con esos caracteres indelebles de la gratitud que, entre nosotros los católicos, dura en vida y perdura en muerte, porque traspasa por medio de la oración los umbrales de lo eterno. Me explicaré...

Ausente yo por muchos años en tierra extranjera, y más lejos aún de España que por la distancia, por el absoluto alejamiento del mundo, que imponen á los religiosos de mi Orden el noviciado y los estudios, no seguía yo el movimiento intelectual en nuestra Patria y desconocía por completo á los jóvenes atletas que figuraban entonces en la palestra de la política y las letras: no es extraño, por lo tanto, que el nombre de Valentín Gómez no hubiera llegado á mis oídos.

Cambié al fin el destierro por las soledades de Deusto y no se ensanchó mucho el horizonte de mis noticias. Aislado siempre por mis enfermedades, y más aún por mis gustos, escribí entonces una serie de novelillas cortas, inspiradas todas en tiempos pasados: eran recuerdos de mi juventud mundana, impresiones de mi vida de sociedad, desengaños recibidos al sondear, no obstante mis cortos años, el cenagoso mar de la

política. Lanzaba yo al público estos engendros, como puede arrojar un ciego piedras á un estanque, sin calcular la puntería ni enterarse del éxito. Mas uno de ellos, de mayores dimensiones y de nombre *Pequeñeces*, hizo tal explosión, que causó en mi ánimo el mismo efecto, mezcla de sorpresa, espanto y necesidad física de echar á correr, que me causó la primera ducha de agua fría que tomé cuando niño... Lo recuerdo muy bien. Entré en el artefacto y con la mayor inocencia tiré, como me habían dicho, del cordelito... ¡infeliz! Una lluvia de helados alfileres vino al punto á clavarse en mis carnes, quitándome el resuello, haciéndome saltar fuera de la bañera y correr despavorido pidiendo socorro... Pues lo mismo me sucedió con aquel otro artefacto literario que se llamó *Pequeñeces*: tiré inocentemente del cordelito y al punto cayó sobre mí una lluvia, no de helados alfileres, sino de ponzoñosas saetas en forma de cartas, folletos y artículos de periódicos y revistas, que me hicieron refugiarme en mis casi salvajes bosques de Deusto, clamando asustado como las golondrinas de Fernán Caballero:

—¡Huir... huir... comadre Beatriiiiiiz!..

Abroquelábame yo tras aquella santa verdad de Pero Grullo, que enseña Kempis y que tan difícilmente convence, sin embargo, á la necia vanidad humana: «No porque te alaben eres mejor, ni tampoco más vil porque te vituperen.» Mas habíame herido uno de aquellos dardos, y herido malamente, en mitad del corazón, donde mana sangre todavía. Acusábame uno de aquellos periódicos de haber retratado malévolamente en las páginas de mi libro á determinados personajes, convirtiendo así una obra escrita con altos fines morales en miserable libelo, y manchado de esta manera mi limpio traje de sacerdote con la bochornosa nota de libelista... Injusta acusación que me sublevaba y me subleva todavía la sangre; absurda en sí, porque á muchas de las personas designadas ni aun siquiera las conocía yo de vista: vergonzosa y punzante para mi corazón, porque á otros de aquellos personajes venerábalos yo y les amaba con amor de gratitud, que es el más puro, el más santo, y para las almas honradas, el más sensible y delicado de todos los amores!..

Y en estas circunstancias fué cuando resonó por primera vez en mis oídos el nombre de Valentín Gómez; porque de allí

á pocos días aparecieron en un periódico de aquel tiempo, que se llamaba *El Movimiento Católico*, dos artículos consecutivos firmados con una G., en que se me vindicaba briosamente de tan vergonzoso cargo, y con sana y reposada crítica se juzgaba mi libro y se le ponía en su lugar, quitándole el malévolo alcance que la malicia y la imbecilidad, juntas y de común acuerdo, habían pretendido darle. Supe entonces que aquellos dos magistrales artículos eran de Valentín Gómez, y supe también por vez primera—tan atrasado andaba yo de noticias—que era Valentín Gómez un insigne escritor, gloria pura y sin mancilla del periodismo, cuyo elogio nunca podré hacer mejor que estractando las hermosas frases pronunciadas no hace mucho, con igual objeto, por nuestro digno Presidente. Nadie pudiera hacerlo con más autoridad ni con mayor conocimiento de causa:

«Llevó á cabo Valentín Gómez una inolvidable campaña en defensa de la fe religiosa, del patriotismo sincero, de la honradez y del honor acrisolados y puros, que no era en realidad otra cosa, á través de todas las galas del estilo, que la voz arrolladora del sentido común, gritando al pueblo español franca y desnuda la verdad, en medio de los clamores confusos y revueltos de la impiedad extranjera que pugnaba por imponer su ruina social á la Patria»... «Tal es, á mi modo de ver, el genuíno y peculiar aspecto de este escritor, que en los cuarenta y tantos años de periodista, que evidenciaron su vocación y labraron su corona, no deslustró su pluma con el error, ni la manchó con la injuria, ni la emponzoñó con la calumnia, ni la deshonró con el ultraje, ni se revolvió soberbio con ella contra la santa y legítima autoridad que preside nuestras tareas intelectuales. Sus escritos polémicos son obra de su razón, no de su ira, y hasta sus invectivas más implacables están informadas por la caridad. Como poeta, su numen es el que bate las alas entre los brazos abiertos de la Cruz, y sus dramas y sus novelas son morales con aquella moralidad que nace de la verdad y se finaliza en el bien. Sin caer en la confusión del arte que se titula *docente*, supo librarse de la teoría fatal del *arte por el arte* en sus obras, y como si su estética intuitiva de artista brotase de las entrañas de la más honda especulación filosófica, supo idealizar lo sensible y sensibilizar lo ideal con arre-

glo á los eternos cánones del buen gusto, y fijando su vista en la naturaleza supo elevarse al ideal, buscando en el seno mismo del alma á la luz de las razones eternas y de los arquetipos divinos, reflejados por la impresión de la luz increada en la inteligencia, el *quid divinum* creador con que, apenas dispertada la potencia intelectual por la percepción de las realidades externas, esmalta el genio visitado por la inspiración la materia artística sobre que trabaja.» ... «Valentín Gómez no representa otra cosa que la personalidad modesta de un escritor que fué bueno como hombre y como periodista, y que, por virtud de estas dos bondades, aparentemente modestas, pero que componen el ideal del *vir bonus dicendi (ó scribendi) peritus*, enlaza su nombre respetado y querido con las cuestiones más graves que, á su vez estrechamente enlazadas, solicitan hoy y deben solicitar por mucho tiempo la atención de todo cristiano y de todo hombre: *la cuestión del periodismo católico*, como episodio trascendental de la cuestión *del pleito entre las dos ciudades, Jerusalén y Babilonia, Cristo y Belial...*»

Y ved, señores Académicos, qué manera tan inesperada y singular de combinarse los sucesos... Confundido yo al ver salir á mi defensa pluma de tanto empuje, apresuréme á escribir á D. Valentín Gómez, manifestándole mi agradecimiento; y él, tan atento y cortés entonces, como noble y generoso se me había mostrado antes, contestóme una carta, en la que, sin sospechar remotamente que había de ser yo su sucesor en esta casa, he encontrado, al cabo de diez y siete años, el tema del discurso que debo pronunciar al tomar posesión de su herencia. «También el P. Isla escribió con santa pureza de intención utilísimas sátiras, que la perversidad del vulgo transformó en punibles libelos.» Esto me escribía Valentín Gómez hace diez y siete años, y esta será la tesis que pretenda desarrollar ante vosotros con una modificación importante. Porque no es necesario, á mi juicio, apelar campanudamente á la *perversidad* humana para explicarse la malicia de ciertos actos; bástale á la humanidad su *tontería* para cometer acciones que tienen la apariencia y hasta la responsabilidad de verdaderos crímenes.

*
* *

En nuestra época, pesimista y misántropa como todas las de decadencia, apenas si se admiten más que dos clases de hombres: los ahorcados y los que merecen serlo... Y, sin embargo, pocos son los que pudieran presentar un verdadero malvado de su conocimiento; muchos los que se jactan de conocer y tratar á numerosos hombres honrados. Arrastrada la juventud de hoy por estas corrientes, suele ser, en su mayor parte, pesimista, mientras no estudia á la humanidad sino superficialmente, y no cala en su interior más que lo que da de sí la mayor ó menor perspicacia de cada uno. Mas cuando se estudia, como la estudió el P. Isla, al amparo de un hábito religioso que autoriza para sondear el corazón por dentro y por fuera y leer hasta en su última página; cuando, el peso de los años encorva la cabeza, y la contemplación de las propias miserias engendra la indulgencia para las ajenas; cuando, cansada la vista no distingue ya la paja en el ojo ajeno y sí sólo la viga que lleva en el propio, pásase al extremo opuesto, impónese el optimismo, y compréndese al fin que el bien que, modesto, se oculta, abunda mucho más que el mal que, cínico, se ostenta. Compréndese al fin con clara evidencia que lo que abunda, sobre todo, en el mundo, más que la mala hierba que crece entre las grietas de las piedras y las desune y derrumba, que lo que envenena á la humanidad como un humor frío que llevara en sus entrañas, que la amarga, la desequilibra, y á la larga la envenena y la mata, no es el mal con sus horrores ni lo perverso con sus crímenes, es lo chico, lo ruin, lo mezquino, lo necio... ¡Qué pocos, relativamente, son los hombres capaces de cometer un crimen, y qué pocos también los que no han cedido jamás á una tentación de ruin envidia, á un insensato movimiento de vanidad mezquina ó á un vil impulso de cobarde respeto humano!

Y de aquí, sin duda, sacó el P. Isla aquella su extraña teoría que dejó consignada en una de sus cartas á D. Miguel de Medina. Supone el insigne autor de *Fray Gerundio* un mortero de cavidad inmensa y coloca en él á la humanidad existente en cuerpo y alma, con todos sus vicios y con todas sus virtudes, con todas sus grandes pasiones y sus ruines defectos. Machacábala después briosamente hasta reducir á una masa común todo aquel conjunto de seres heterogéneos, y formaba

luego con toda ella un hombre solo, un hombre colectivo, un hombre total que poseía en sí la suma de todos los vicios y virtudes, las grandes cualidades y los ruines defectos que se hallaban antes repartidas entre la humanidad entera... Y ¿sabéis lo que resultaba aquel hombre total, señores Académicos?.. ¿Acaso un perverso?.. No, señores Académicos, no resultaba un perverso; resultaba sencillamente un majadero... porque el *ingrediente majadero* era el que más abundaba, y prevalecía, por lo tanto, sobre todos aquellos otros componentes que formaban la suma total de la humanidad machacada. Resultaba un majadero insigne que movía á risa más bien que provocaba á cólera, y por eso aseguraba el P. Isla en aquella carta graciosísima, al par que profunda, que había optado desde entonces por reirse de la humanidad en vez de enfadarse con ella... Mas no era su risa la irritante y despreciativa de la superioridad orgullosa, ni la amarga y malévola de la envidia disimulada, sino la franca y alegre de un alma recta y sincera; risa cariñosa, compasiva, jovial, muy semejante á la que nos inspiran las torpezas de un niño querido cuyos disparates se abultan y se le ponen ante la vista con el relieve del ridículo á fin de corregirlos y hacerlos desaparecer. Esta era la sátira del P. Isla, y nos dará prueba cumplida de ello un rápido examen de su vida en relación con sus obras.

*
* *

¡El P. Isla!.. Pocos serán los españoles de edad madura que al oir este nombre no acuda también á su memoria el recuerdo de aquellos versillos aprendidos en la infancia:

Libre España, feliz é independiente,
Se abrió al Cartaginés incautamente.

Y esto es todo lo que saben del P. Isla: algunos llegan hasta atribuirle aquella aleluya, que pertenece, en efecto, á una linda sátira inserta en *Fray Gerundio*.

Yo conocí en Madrid una Condesa
Que aprendió á estornudar á la francesa.

Y aun hay otros, que pican ya en eruditos, sabedores de que el P. Isla escribió la historia de un *Fray Gerundio que*

dejó los libros para meterse á predicador; dicho proverbial en España, que no se encuentra, sin embargo, expresado en esta forma en ninguna de las obras del célebre jesuita.

Esto es lo que generalmente se conoce hoy día del P. Isla... Claro está que los eruditos, los aficionados á las letras y las personas cultas de todas clases, conocen sus obras, admiran su erudición y su talento, definen la índole peculiar de su portentoso ingenio y le colocan unánimes entre los clásicos españoles del siglo XVIII. Mas pocos saben, aun entre este privilegiado grupo, que antes que escritor clásico y autor doctísimo, antes que ingenio admirable y profundo conocedor de los hombres y de la vida, fué el P. Isla un varón apostólico de extraordinarias virtudes que en muchas circunstancias rayaron en heroicas; que su musa, aunque disfrazada con festivas galas, fué la misma musa que inspiró á los dos Luises la *Guía de Pecadores* y los *Nombres de Cristo*, porque nunca empuñó la pluma sino para la mayor gloria de Dios y provecho del prójimo.

No es mi ánimo trazar una biografía del P. Isla; basta á mi propósito recordar algunos episodios de su vida que ponen de relieve el vigoroso temple de su alma, la enérgica fortaleza de sus virtudes, el tierno fervor de su caridad siempre ejecutiva y práctica, y, sobre todo, la santa pureza de intención que inspiró todas sus obras, haciéndole aún más admirable que por su elevado ingenio, por sus virtudes, extraordinarias siempre y á menudo heroicas.

*
* *

El 1.º de Abril de 1767 publicó una Real Pragmática el señor Rey D. Carlos III, expulsando para siempre de todos sus dominios á cinco mil ciudadanos españoles. No se les probó ningún delito, ni se les oyó en juicio, ni se les permitió defenderse, ni tuvieron noticia de la culpabilidad que les achacaban, hasta que les notificaron la sentencia. Algunas horas después eran arrastrados en medio de guardias á los puertos en que debían embarcarse. El rey les quitó sus bienes y no permitió que sacaran de sus casas más que sus libros de devoción, su ropa blanca y una libra de chocolate. No se les permitió tampoco despedirse de nadie, y se prohibió á todos los españoles, bajo pena de alta traición, mantener correspondencia con ellos.

Todos tenían parientes y amigos: muchos de ellos tenían madre. Las razones de tan atroces medidas no llegaron á saberse nunca: Carlos III dijo á los hombres de su tiempo *que las reservaba en su real pecho;* pero á Dios, *scrutans cordis*, no pudo decirle lo mismo, y ya le habrá tomado estrecha cuenta.

Harto comprenderéis, señores Académicos, que no aludo á este triste episodio de la historia, como desahogo de parte agraviada, ni siquiera como prueba convincente de lo que antes dije.—«No es necesario apelar á la *perversidad* humana para explicarse la malicia de ciertos actos: bástale á la humanidad su *tontería* para cometer acciones que tienen la malicia y aun la responsabilidad de grandes crímenes.» Carlos III, en efecto, nunca fué un perverso. Aludo á él y apunto ligerísimamente el horror de sus medidas, porque uno de aquellos cinco mil españoles expulsados entonces para siempre de España fué el P. José Francisco de Isla.

Contaba entonces el insigne autor de *Fray Gerundio* sesenta y cuatro años: hallábase en el apogeo de la celebridad y profunda estimación que alcanzó en toda España, y habíase retirado á la sazón á la casa que tenían los jesuitas en Pontevedra, para repararse algún tanto en aquel suave y delicioso clima de los desgastes y fatigas del trabajo. Era el Rector de la casa el P. Juan Bautista Gaztelu y componíase la comunidad de catorce jesuitas, mitad viejos estropeados, mitad mozos muy débiles, todos ellos sin más armas que sus Crucifijos, sus libros y sus cartapacios. Así las cosas, en la madrugada del 2 de Abril cercaron de repente y con gran sigilo la modesta casa, cual si fuese una fortaleza, más de doscientos hombres del Regimiento de Navarra; capitaneábalos, por estar ausente el Juez propietario, el Teniente de la Comisión, hombre rústico, de modales no desbastados, de alcances escasos y de lengua tan obscura y entrapada, que era conocido en todo el lugar por el mote de *Lengua de palo;* y, en verdad, dice el mismo Isla en su famoso Memorial á Carlos III, que el sonido de sus voces era perfectamente parecido al que da una campana herida con un badajo de aquella materia.

Pues este *Lengua de palo* fué el encargado de notificar á los Jesuítas de Pontevedra la Real Pragmática de Carlos III. Hízolo ante escribano, reuniendo á todos los Padres en el cuarto del

Rector y considerándoles desde entonces de tal manera prisioneros, que no les permitió salir del aposento, ni aun para las cosas más inexcusables, sin un centinela al lado con bayoneta calada.

Júzguese cuál no sería la sorpresa, el espanto y el aturdimiento de aquellos infelices ancianos y mozos inexpertos al verse tan inesperadamente bajo el peso de una sentencia formidable que les expulsaba para siempre de su Patria, arrojándolos en mitad del mundo engañador de que habían huído y desconocían por completo la mayor parte de ellos. Sólo el padre Isla conservó su presencia de espíritu y hasta su humor jovial y chancero, con que procuró animar á sus hermanos y contener las demasías del señor *Lengua de palo*. Tomó éste posesión de las llaves, y al apoderarse del dinero y los papeles, quiso embargarles también la fe de bautismo, sin que cejase en su empeño hasta que, á petición del P. Isla, fué consultado un abogado famoso, el cual respondió que en el embargo de papeles nunca se comprendían semejantes documentos.

Mas no pudo el débil anciano hacer impunemente aquel heroico esfuerzo para sobreponerse á tan tristes circunstancias, y el día de la partida, que lo fué el 4 de Abril, en el momento en que entraba la exigua Comunidad con los oficiales del Regimiento de Navarra y el mismo *Lengua de palo* á tomar algún alimento en el refectorio antes de ponerse en marcha, cayó al suelo el P. Isla presa de un violento ataque de perlesía, que le cogió la boca y la lengua, pero le dejó libre la cabeza. Sobresaltáronse todos y llamaron al punto á un médico famoso de Galicia que por acaso se hallaba en Pontevedra y era grande amigo del P. Isla. Mandó sangrarle el médico sin perder un instante, y declaró bajo juramento que aquel hombre no podía emprender el viaje sin riesgo evidente de la vida.

Fué tan extraordinaria la aflicción del pobre enfermo al oir esta sentencia, tan violento su deseo de oponerse á ella no separándose de sus hermanos y tan vigoroso el esfuerzo que hizo para expresarlo, que venció por un momento la parálisis de la lengua, y con voces inarticuladas, roncas, balbucientes, desoladas, pero de un vigor supremo, declaró que si le sangraban y dejaban en Pontevedra, ciertamente le quitaría la vida el dolor de no seguir á sus hermanos; pero que si le permitían acompa-

ñarles, tenía por muy probable que este consuelo le restituiría la salud ó por lo menos le dilataría algunos días la muerte. Puso el enfermo tal determinación y valentía en sus mutiladas razones, que el médico llegó á dudar y acabó por autorizarle á emprender el viaje en litera la primera jornada, que era de tres leguas, por camino llano, ameno y pintoresco hasta la villa de Caldas.

Inicióse la mejoría no bien vió el enfermo satisfecho su deseo de no separarse de sus hermanos; mas al llegar á Caldas vióse claramente que esta mejoría era sólo hija de la maravillosa energía de su temple de alma. Á las dos horas de haber llegado, repitióle un segundo ataque con los mismos violentos síntomas que el primero, que sólo pudo atajársele con una copiosa sangría. Prosiguió, sin embargo, su camino al día siguiente, y en dos cortas jornadas llegó á Santiago; mas ya no pudo pasar de allí el pobre anciano: repitióle un tercer ataque con tal furia y violencia y síntomas de muerte, que, asustado el médico, dió parte al Capitán general de Galicia, declarando bajo juramento que ponerle en camino en aquel estado era llevarle á una pronta y segura muerte. La respuesta de éste fué que por ningún caso se removiese al enfermo de Santiago hasta que el accidente se decidiese y cobrase fuerzas para continuar, sin peligro, el viaje hasta la Coruña; que mientras tanto se le depositase en alguna Comunidad donde se cuidase de su curación y regalo, con encargo de que se atendiese mucho á estos dos puntos.

Esta orden resucitó las moribundas energías del P. Isla. Hizo llamar á su Superior el P. Gaztelu, y balbuciendo angustiado, y más por señas que por palabras articuladas, pero siempre con gran resolución y entereza, díjole que si podía exponer su vida sin peligro de su conciencia, quería absolutamente exponerla por lograr el consuelo de morir entre aquellos con quienes había vivido. Respondióle el Rector con la misma resolución, que ni él lo podía hacer sin pecar, siendo voluntario homicida de sí mismo, ni los demás permitírselo sin participar en igual pecado de homicidio, especialmente después de las órdenes tan positivas que habían recibido de la autoridad legítima.

Rindió el anciano su juicio; pero rindiólo desolado y llorando, como un niño pequeñito á quien arrancan del seno de su

madre. Al día siguiente fué trasladado al Monasterio de San Martín, de aquella ciudad, que era de monjes Benedictinos, donde sufrió otro ataque violentísimo y donde fué cuidado con caritativo agasajo. Mas tuvo allí que sufrir nuevas y terribles pruebas de diversa índole.

Cuenta un autor, panegirista de Carlos III, que, incomodado un día éste por cierta contradicción, con su Ministro el Conde de Aranda, le dijo: «Eres más terco que una mula aragonesa.» A lo que respondió el Ministro: «En esa parte, Señor, sólo á V. M. concedo ventaja.» Y era verdad; mas, á pesar de la reconocida terquedad de ambos, no siempre razonada ni razonable, ni el Rey ni el Ministro supieron resistir á las vivas instancias con que elevados personajes les pedían exceptuasen de las atroces disposiciones de la Pragmática á cuatro determinados Jesuítas. Eran éstos los dos PP. Pignatelli, José y Nicolás, hermanos del Conde de Fuentes; el P. Francisco Javier Idiáquez, primogénito del Duque de Granada, y el P. José Francisco de Isla. Vino el Rey en ello, con la precisa condición de que habían de renegar de la Compañía de Jesús, abandonándola, y retirarse, si querían, á otra Orden religiosa; á este precio levantábales el destierro y les aseguraba su real protección y gracia. Rechazaron indignados los hermanos Pignatelli y el P. Idiáquez semejante propuesta, velando con frases de respeto la vergüenza y el rubor que en sus ánimos causaba; mas el P. Isla, igualando, y aun superando, por sus especiales circunstancias, el heroísmo de sus tres compañeros, huyó del monasterio de San Martín, donde estaba todavía convaleciente, y corrió en litera á reunirse con sus compañeros en la Coruña, lugar en que esperaban aún la orden de embarque. «Llegó allí—dice el Memorial—tan débil, tan desfigurado, y con la lengua tan entorpecida, que era el objeto de la compasión universal; mas luego se vió visiblemente cuánto le alentaba el gozo de verse entre los suyos.»

***

Y entonces fué cuando comenzó aquel horrible viaje con que hizo merecer Carlos III á los Jesuítas de su tiempo la corona del martirio. Embarcóse el P. Isla en el navío de guerra

San Juan Nepomuceno, que hubo de perecer más tarde en el combate de Trafalgar; llevaba á bordo el navío 200 Jesuítas, hacinados en el entrepuente y la santabárbara, y salió del Ferrol con rumbo á Civita-Vecchia, porque Carlos III había tenido la insolencia de contestar al Breve de Clemente XIII lamentándose de la Pragmática y protestando contra ella, mandando conducir los 5.000 Jesuítas españoles á los Estados del Papa y desembarcarlos allí sin previo aviso ni consentimiento pedido ni otorgado, como se desembarca y abandona una cuerda de deportados en una isla desierta. Indignado Clemente XIII ante aquel cobarde y brutal atropello de sus derechos de Soberano, protestó contra él, mandando cerrar sus puertos á todo barco que trajera á bordo Jesuítas españoles, y cuando el *San Juan Nepomuceno* llegó á Civita-Vecchia el 14 de Julio y pidió práctico para fondear en el puerto, acudió en su vez á bordo el Vicecónsul de España para intimar al Capitán la nueva orden de Carlos III de hacer rumbo á la isla de Córcega y esperar en aquellas aguas nuevas órdenes de desembarque.

Causó esta orden perplejidad inmensa así en los Padres deportados como en los marinos que los conducían, porque era Córcega á la sazón teatro de la encarnizada guerra que se hacían los corsos, luchando por su independencia, con Paoli al frente, contra los genoveses, que se la arrebataban, y los franceses, que, con egoístas miras, ayudaban á éstos. En tan angustiosa incertidumbre vagó largo tiempo el *San Juan Nepomuceno* por los puertos de Córcega, hasta que, cansado su Capitán D. José de Bianes de esperar órdenes que no venían, y deseoso de desembarazarse de aquella carga que su falta de caridad le hacía insoportable, determinó abandonar á los Jesuítas en las escarpadas playas de Calvi. Hízolo con la mayor crueldad, sin procurarles antes alojamiento ni medios de hacerlo, depositándolos sobre las ardientes rocas con su miserable bagaje, como pudiera hacerlo con una porción de reses muertas y podridas, para que no inficionasen el barco.

Era entonces Calvi una reducida plaza, más fortificada por la naturaleza que por el arte. Elevábase sobre un peñasco tan escarpado que casi la hacía inaccesible, y contaba su población de 300 á 400 vecinos entre la ciudad y el arrabal que llamaban La Marina, viviendo dos ó tres en cada casa. En este

reducido espacio y en esta comarca asolada por la guerra, y tan pobre que no daba lo bastante para el alimento de los naturales en tiempo de paz, hallábanse ya alojados; la guarnición francesa, que constaba de más de 200 hombres y 500 Jesuítas andaluces, que con igual inhumanidad habían sido abandonados en Algajola y corrídose á Calvi huyendo del desamparo y el hambre.

Júzguese, pues, cuál sería la situación de los infelices deportados del *San Juan Nepomuceno* al arribar á Calvi en semejante situación. «Vióse entonces—dice el Memorial—un espectáculo lastimoso, que hizo derramar lágrimas aun á los herejes holandeses y á los corsos, que no son por cierto de muy sensible corazón...» Aquellos infelices, viejos estropeados unos, jóvenes débiles otros y estenuados los de toda edad por la larga y penosa navegación, comenzaron á trepar trabajosamente por el asperísimo peñasco que guía á la ciudad, cargados con sus bagajes, sudorosos y angustiados bajo aquel sol abrasador de Córcega, quizá el más ardiente de Italia, buscando de calle en calle y de casa en casa un albergue donde recogerse y un pedazo de pan que llevar á la boca... En cuanto al P. Isla, no titubeó un momento; paralítico casi de medio cuerpo y debilitado aún por la convalecencia de su terrible enfermedad, retrasada por la penosa navegación, no quiso, sin embargo, aumentar con su presencia la angustia de la marcha de sus hermanos; quedóse el último disimuladamente, cargóse al hombro su miserable hatillo y, apoyado en su palito, hizo entonces lo que hubieran hecho en iguales circunstancias Teresa de Jesús, Francisco de Asís, Vicente de Paúl ó cualquiera otro de aquellos grandes santos que se arrojaban con fe ciega en brazos de la amorosa Providencia divina que da de comer á los pajaritos y viste á los lirios del campo. Fuése derecho á la Parroquia, única iglesia de Calvi, arrojó su miserable hatillo al pie del Sagrario, arrodillóse encima ante el Santísimo Sacramento, y allí esperó resignado lo que la voluntad de Dios dispusiese. No tardó en recibir el premio de su confianza. «Viósele—dice el P. Hervás en su *Biblioteca jesuítica española*—toda aquella tarde del 19 de Julio delante del Santísimo, objeto predilecto de la devoción de toda su vida, ya de rodillas, ya en pie, ya sentado y profundamente recogido hasta el anochecer, cuando, queriendo el

Preboste cerrar las puertas le dijo que era tiempo de retirarse. Respondióle en italiano, idioma que ya entendía y empezaba á hablar, que obedecería; pero que no tenía adónde ir. Saldré para dormir en la calle ó en el campo, pues yo, achacoso, no encuentro ni una cueva en que pueda dormir. El aire modesto, sumiso é ingenuo de la respuesta causó vivísima impresión en el Preboste, quien en lugar de despedirle, le ofreció un cuarto en su casa. Aceptólo por necesidad y lo agradeció por obligación, manifestando su gratitud en los términos que le permitía su lamentable estado de indigencia.»

*
* *

Dos rasgos aún, y concluyo de dibujar esta admirable silueta que os presentará, sin duda, al P. Isla bajo un nuevo y, para muchos, desconocido aspecto: la aureola de la santidad iluminando con sus resplandores la risueña fisonomía del festivo autor de *Fray Gerundio.*

Catorce meses permaneció éste en Calvi recogido de limosna por aquel caritativo Preboste; mas al cabo de este tiempo publicóse el tratado secreto firmado antes en Compiègne entre genoveses y franceses, por el cual cedió la República de Génova á Francia su soberanía sobre la isla de Córcega; y el primer acuerdo del Ministro Choiseul fué entonces el de expulsar á los jesuítas españoles de aquel miserable asilo que la misericordia de Dios les había deparado. Arrancáronles de allí en barcos de guerra franceses y lleváronles al puerto de Génova; mas el Senado de aquella República no les permitió desembarcar en su territorio, y como los marinos franceses que los conducían se negaran también á tenerlos más tiempo á bordo, viéronse aquellos infelices en el extraño caso del cólera morbo ó la peste bubónica si por acaso tomasen forma visible, arrojados de todas partes, cerradas todas las puertas y sin tener un palmo de tierra en que asentar la planta.

En este conflicto propuso el P. Isla, con su gracejo ordinario, *acampar en el mar*, y así lo hicieron, en efecto, alquilando unos barcos viejos que en el puerto de Génova había, instalándose en ellos y estableciendo desde el primer instante una distribución de rezos y de estudios con el mismo orden y la mis-

ma paz que si estuvieran en el noviciado de Villagarcía ó en el Real Colegio de Loyola, hasta que, compadecido Clemente XIII de semejante infortunio, único en la Historia, dióles permiso tácito para penetrar en sus Estados, y por ellos se esparcieron poco á poco, en el orden y lugar que los Superiores iban disponiendo. Tocóle al P. Isla ir á Bolonia, y en aquella culta ciudad fué acogido con el entusiasmo y la veneración que la fama de sus méritos y virtudes le habían granjeado. Los más altos personajes de la nobleza y los más grandes sabios de aquella Universidad, la más antigua de Europa, disputábanse el honor de sentar á su mesa al autor de *Fray Gerundio*, y de recibirlo en sus palacios y en sus villas, y á todas estas atenciones correspondía Isla con su urbanidad exquisita, procurando siempre utilizarlas en favor de sus abatidos compañeros.

Mas no duró mucho aquella gloriosa tregua del infortunio. Un día, hallábase el P. Isla en el palacio de uno de los principales señores de Bolonia; había en el salón gran concurrencia de nobles caballeros y doctos personajes, y movióse la plática, entonces candente, del proceso de beatificación de Palafox, solicitada en Roma calurosamente, y hasta con amenazas, por todos los enemigos de los Jesuítas, inclusos los herejes y librepensadores; declaróse partidario de Palafox un caballero que no tenía carácter oficial ni autoridad personal ninguna, y sin consideración á la presencia del P. Isla, ni respeto á sus canas, hízose eco de las innumerables hablillas y groseras calumnias que á este propósito corrieron contra la Compañía por aquel tiempo. Por más de media hora escuchóle en silencio el fogoso anciano; mas no pudiendo contenerse al cabo, y creyendo en conciencia que estaba obligado á volver *por la honra de su madre*, como él decía, tomó la palabra, y con su natural elocuencia, profundidad y gracejo, pero con grave mesura y prudencia, dejó la calumnia deshecha y al calumniador confundido.

Mas no paró aquí la cosa: hallábase presente un caballero genovés, espía de los muchos mantenidos por la suspicacia de Carlos III en torno de los Jesuítas, y este mal hombre, que para mejor disimular se vendía por amigo y entusiasta del P. Isla, denunciólo aquella misma noche al Tribunal eclesiástico como difamador de la Corte de Roma. Era entonces Arzobispo de Bolonia el Cardenal Malvezzi, enemigo encarnizado de los Je-

suítas, y uno de los que más culpable parte tomaron en la cábala que á la sazón se urdía contra ellos. Aprovechó la ocasión Malvezzi, según unos, para saciar su saña contra la Compañía; según otros, para apoderarse de los papeles del P. Isla, pues temían á cada paso ver aparecer un nuevo *Fray Gerundio*, que dejara tan malparados á los malos ministros, como el de Campazas dejó á los malos predicadores. Mas es lo cierto que, en la madrugada del 8 al 9 de Julio, presentóse de repente una cuadrilla de esbirros en la humilde casa del P. Isla, arrancáronle violentamente del lecho, apoderáronse de sus papeles y condujéronle á la cárcel pública, donde, en compañía de malhechores y foragidos tuviéronle diez y nueve días; atropello cruel que pudo muy bien trocarse en asesinato, tratándose de un anciano ya septuagenario, amagado á cada instante de accidentes apopléticos. Al cabo de este tiempo echáronle á la calle como al más vulgar de los criminales á que se da suelta, y desterráronle de Bolonia, confinándole en Budrio, miserable aldehuela á dos leguas de distancia; y era tal su indigencia que, en una de sus cartas á su hermana, dándole gracias por un socorro pecuniario que le enviaba, dice: *llegó tan á tiempo, que no tenía con qué pagar los remiendos de una camisa.* Y en otra, también á su hermana, añade: «Las berzas de Bolonia, que son el plato principal de nuestra comida, me saben mejor que los capones de Pontevedra. Las camisas de cáñamo, sábanas de lo mismo, bragas-celosías, medias-redes, zapatos, la mitad sandalias y la otra mitad chinelas, vestido lampiño, y sin pelo de barba: con todo este equipaje me burlo de los terribles fríos de Lombardía y de las copiosas nieves del Apenino, cuyos pies estamos besando, como se burlaba el zar Pedro de los de Siberia, empanado entre martas cibelinas. Pues ¿de qué me puedo quejar sino de haber tardado casi setenta años en aprender lo poco que necesita el hombre para vivir? San Ignacio nos manda á todos sus hijos que amemos la pobreza como madre. Nunca pensé yo lo fuera tanto como ahora que lo palpo. Ella nos cría á todos buenos, gordos y rollizos. Que sea con borona, que sea con pan de trigo, ¿qué importa para el caso? Pido humildemente perdón á esta riquísima virtud del tiempo en que no la he tenido por madre, sino por madrastra. Conocíala poco, y no tengo otra disculpa.»

Murió, al fin, Malvezzi, y su sucesor, monseñor Gioanetti, apresuróse á levantar el destierro al P. Isla; hizo revisar también su proceso y declaróle completamente inocente. Volvió, pues, Isla á Bolonia y volvió ya secularizado, porque, en este intervalo dió Clemente XIV su Breve *Dominus et Redemptor*, suprimiendo á la Compañía de Jesús y secularizando á los Jesuítas. Su vuelta á Bolonia fué, sin embargo, un triunfo, y los más grandes personajes salieron al encuentro del desvalido anciano para socorrerle y ayudarle, especialmente los Condes de Tedeschi, cuyo huésped fué desde entonces hasta su muerte, y la Marquesa Tanara, señora de gran entendimiento y corazón nobilísimo, que cita á menudo Isla en sus cartas, llamándola *su gran Marquesa*.

Esta Marquesa Tanara nos ha conservado el desenlace del heroico episodio que voy narrando. Algunos meses después de su vuelta á Bolonia, presentóse un día el P. Isla en el palacio Tanara, apoyado en su palito y arrastrando su cuerpo medio paralítico. Venía muy emocionado, y con aquel noble rubor y vergonzoso empacho del pobre bien nacido que se ve obligado á implorar la caridad ajena, dijo á la Marquesa: «Muchas veces, señora Marquesa, he implorado la caridad de vuestra Excelencia en favor de otros; pero hoy la imploro para mí mismo, y le pido por lo más sagrado que haya en el cielo y en la tierra, que me favorezca como otras veces, porque se trata de hacer bien á un hombre que me ha hecho mucho mal...» Contestóle la Marquesa que diese por concedido cuanto en su mano estuviese concederle, y con mayor rubor todavía, confesóle entonces el anciano que aquel caballero genovés, espía de la corte de España, que le había delatado á Malvezzi y sido causa de su cruel destierro en Budrio, hallábase en Génova en la mayor miseria; que su hija única deseaba entrar en un monasterio sin poder efectuarlo por falta de dote, y que era su mayor anhelo de él proporcionárselo, á fin de aliviar al padre y remediar á la hija. Enternecida la Marquesa, concedió al punto el dote, y aceptólo el P. Isla imponiendo, sin embargo, una condición, que trocaba el hecho de heroico en sublime. El silencio.

*
* *

Fué timbre de gloria para el P. Isla, en su tiempo, la reivindicación para España del famoso libro *Gil Blas de Santillana;* y, sin meterme yo á dilucidar si el erudito autor de *Fray Gerundio* tuvo razón ó le cegó su buen deseo, narraré brevemente el caritativo móvil que le impulsó á emprender esta su penúltima obra, que provocativamente, sin duda, tituló: *Aventuras de Gil Blas de Santillana, robadas á España y adoptadas en Francia por Monsieur Le Sage; restituídas á su patria y á su lengua nativa por un español celoso que no sufre se burlen de su nación.*

Vivía por aquel entonces en Madrid un tal D. Lorenzo Casaus, hidalgo valenciano, hombre de no despreciable erudición y gran admirador del P. Isla, al cual manifestaba su entusiasmo con frecuentes y calurosas cartas; contestábalas el agraciado, con su urbanidad de costumbre, y este era todo el conocimiento y toda la relación que entre ambos mediaba. Mas sucedió que, andando el tiempo, vino á volverle la espalda la fortuna al don Lorenzo Casaus. Perdió su caudal, perdió la vista y sólo le quedaron los muchos hijos, la mujer enferma y su ciega confianza en el gran corazón del P. Isla. A él, pues, acudió en su infortunio, y como sabía que el caritativo anciano se hallaba también en la indigencia, viviendo sólo de la caridad y no pudiendo disponer sino de los frutos de su talento, pidióle la limosna de un libro que, impreso en España con su apreciadísima firma, había de producir la suficiente ganancia para remediar sus necesidades. Indicábale á este propósito si sería conveniente traducir cierta novela de un tal Mr. Le Sage, que corría á la sazón con grande aplauso por toda Europa, y que tenía todas las trazas de ser un latrocinio hecho á España, pues, aunque escrita en francés, eran los personajes, las costumbres y el argumento mismo del más rancio tinte castellano.

No se apresuró á contestar el prudente viejo; mas cuando supo por informes de Madrid que la desdicha de Casaus era, en efecto, inmensa; la aflicción de aquella noble familia desoladora y su esperanza en él única, conmovióse hondamente su caritativo corazón, y sin titubear un instante echó sobre sí la carga de socorrerles como le pedían, harto pesada en verdad, para un anciano de setenta y seis años, en quien todo parecía ya agotado menos la caridad de su corazón y la agudeza de su

ingenio. «Estoy, decía él mismo, como los ídolos de que se habla en el salmo 113, que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, narices y no huelen, manos y no palpan, pies y no andan.» Y á D. Lorenzo Casaus escribía en 1779, al terminar ya su obra: «La inutilidad de esta mi vieja y pequeñita máquina en todo su lado siniestro va adelante; los vahídos ya no son diarios, son contínuos; á cada paso se va la cabeza fuera de casa, y vuelve cuando le da la gana. Sin embargo, el cuarto tomo de nuestro asturiano (*Gil Blas*) sigue su camino; ya estoy en el último libro, y espero acabarlo en todo este mes, aunque escribo como beben las gallinas: un renglón y levantar cabeza y ojos al cielo *unde veniet auxilium mihi*.»

Y de allí sin duda le vino el auxilio, porque meses después estaba la historia de Gil Blas terminada é impresa, remediada con su provecho la desdicha de los Casaus y corroborado una vez más el dicho de un sabio compañero nuestro que se sentó en esos escaños: «Feliz el autor cuyos libros son *obras buenas*, al mismo tiempo que *obras maestras*.»

*
* *

Pues bien, señores Académicos: colocad á este hombre de corazón vehemente, de ingenio agudísimo, profundo conocedor de los hombres y de la vida, jovial por naturaleza y dotado por ella de una portentosa facilidad para encontrar y expresar el lado ridículo de las personas y de las cosas; colocadle, digo, lleno del *celo de la casa de Dios que le devora*, entre los grotescos predicadores del siglo XVIII, y la inspiración y la gracia, obrando, como siempre, según la naturaleza, harán brotar el *Fray Gerundio* con la misma espontaneidad y pureza de intención con que del natural apacible y caritativo de Fray Luis de Granada brotó la *Guía de Pecadores*, y del desengañado de Tomás de Kempis la *Imitación de Cristo*.

Con razón pudo decir, en efecto, un santo y sabio religioso de la época, que *aquella manera de predicar era la mayor persecución que podía sufrir la Iglesia de Dios*. Habíanse posesionado de la cátedra sagrada la ignorancia y la pedantería, el interés y la vanidad, y cual hinchados sapos obstruían por completo el suave arcaduz de la predicación por donde la gra-

cia divina esparce sobre las almas su celestial riego. En vano los Concilios provinciales dictaron severas medidas, los Generales de las Ordenes religiosas prudentes avisos, y las gentes sensatas y de espíritu apostólico, entre ellos Isla, publicaron sermones, discursos y tratados. Creció más y más aquella marea del mal gusto hasta llegar lo ridículo á lo grotesco, lo disparatado á lo absurdo y la insustancialidad y ligereza, á la herejia, material ciertamente, pero, al fin y al cabo, siempre herejía. Aquel silogismo famoso con que probaba *Fray Gerundio* que el Santísimo Sacramento era natural de Campazas no fué invención del P. Isla, sino que se predicó entonces en un celebre panegírico; aquella salutación en que aseguraba el mismo *Gerundio*, que Santa Ana, como buena madre, enseñaría á la Virgen Santísima á rezar el Ave María, se predicó también en un púlpito muy autorizado, y aquel sermón de rogativas pidiendo lluvias, costeado por la Cofradía de la Cruz, cuyo Mayordomo era Pascual Carnero, predicóse efectivamente en un pueblecillo de Asturias y mandólo al P. Luis de Losada, maestro de Isla, cierto Canónigo de Oviedo, como prueba de adónde llegaba ya lo depravado del gusto. Una ligera muestra nos dará la medida:

«Despréndase el gran Baco de esta bóveda celeste; enseñe á los hombres á compungirse y á implorar las clemencias del Tonante con una rogativa penitente *Te rogamus audi nos;* ofrézcale cultos y sacrificios en futuras aras, y bajará el mismo Júpiter Amón, que es lo mismo que Carnero, y con una patada ó debajo de la planta de su pie, *A planta pedis*, hará que broten aguas que apaguen la sed y fertilicen los campos: *Descendit Jesus in loco campestri*. Para el docto no es menester explicación: vaya para el indocto. ¿No es así que ha siete meses que las nubes nos niegan sus salutíferos sudores? ¿No es así que á esta denegación se han seguido los síntomas de una tierra empedernida? Pues institúyase una devota rogativa; vayan en ella los cofrades de la Cruz de penitentes; vaya al frente de ella su digno Mayordomo Júpiter Amón, Pascual Carnero, que debajo de sus pies, *De sub cujus pede*, brotaran aguas copiosas que fecunden nuestros campos.

Horrida per campos ban, bin, bombarda sonabunt.

»Mas; es muy celebrado en las Sagradas letras el Cordero

Pascual: *Agnus Paschalis*. Sabe el discreto que de los corderos se hacen los carneros. Luego nuestro insigne mayordomo Pascual Carnero sería cuando niño Cordero Pascual. La ilación es innegable. Pero aún no lo he dicho todo...»

Y vosotros, sin embargo, habéis oido ya bastante para comprender con cuánta razón y justicia se indignaban y revolvían los hombres de buena voluntad de aquel tiempo, contra aquella especie de contagiosa locura que se había apoderado de los predicadores y propagado después á los auditorios. Entre los varones esclarecidos de aquella época que más alto protestaron y más rudamente combatieron la grotesca y ponzoñosa escuela, contábase el P. Luis de Losada, famoso teólogo y filósofo, elegante escritor, y, como ya dije, maestro muy querido del P. Isla. Desde su cátedra de Salamanca tronaba sin cesar Losada contra los predicadores que de allí á poco habían de llamarse Gerundianos, y esforzábase por ponerles en ridículo ante sus discípulos, persuadido de que el ridículo era la única arma capaz de dar al traste con ellos. Esta idea sembrada á diestro y siniestro por Losada fué la que arraigó primero en el P. Isla y floreció y fructificó en *Fray Gerundio* más tarde.

Por varios años dió vueltas esta idea en la cabeza de Isla sin tomar forma concreta, hasta que, madura al fin, y decidido él á ponerla en práctica, así por sus impulsos propios como por las instancias de sus numerosos amigos de dentro y de fuera de la Compañía, entre los que se contaban personajes tan importantes como el Marqués de la Ensenada, que le animaba á la obra en su nombre y en el de Fernando VI, y el Conde de Valparaíso, Ministro de Hacienda, que le escribía también ofreciéndole su apoyo, pidió á sus Superiores retirarse al Colegio de Villagarcía en tierra de Campos. Allí se escribió *Fray Gerundio*, y en aquellas áridas llanuras y en aquellos pueblecitos cercanos encontró el autor la admirable galería de tipos que figuran en la obra. Allí encontró también un protector decidido, colaborador hasta cierto punto, que tomó bajo su amparo al pobre *Frailecito* (así llamaba á *Fray Gerundio)*, y no le dejó de la mano hasta llevarle á su destino, evitándole todo género de tropiezos. Fué éste el santo y sabio P. Javier Idiáquez, antiguo Provincial, Rector á la sazón y maestro de novicios en el Colegio de Villagarcía: primogénito del Duque de

Granada, y reuniendo en sí mismo las dos ilustres ascendencias de San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier, había trocado Idiáquez, cual otro Francisco de Borja, sus títulos y grandezas por la humilde sotana de la Compañía. Sus virtudes, su saber y su prudencia conquistáronle bien pronto un santo influjo en su Orden, y éste fué el que utilizó en provecho del *Frailecito de Campazas*, de quien, desde el primer momento, quedó perdidamente enamorado.

Nació al fin *Fray Gerundio*, y vió la luz pública el 23 de Febrero de 1758 en Madrid, en la imprenta y librería de Gabriel Ramírez, que estaba en la calle de Atocha, frente al convento de Trinitarios descalzos. Habíase ya traslucido algo, y murmurábase desde mucho tiempo antes con gran misterio que en aquella librería se preparaba un libro que había de dar formidable golpe á los gerundianos. Alarmados éstos, hallábanse en ansiosa expectativa, y por las opuestas razones hallábanse también sus contrarios. No es, pues, extraño que el mismo P. Isla escribiese el 3 de Marzo á su cuñado: «Cuando yo menos lo pensaba ni lo quería, y no obstante las repetidas y apuradas prevenciones que tenía hechas para que no se publicase á *Fray Gerundio* hasta que yo avisase, le echaron á volar, sin arbitrio para otra cosa, ni tiempo para prevenírmelo, porque no se le dieron las instancias del ministerio más alto para que se hiciera inmediatamente. En menos de una hora de su publicación se vendieron 300 que estaban encuadernados; los compradores se echaron como leones sobre 50 ejemplares en papel que vieron en la tienda; á las veinticuatro horas ya se habían despachado 800, y empleados nueve libreros en trabajar día y noche, no podían dar abasto; de manera que, según me escriben, hoy no habrá ya ni un solo libro de venta; consumida toda la impresión, y precisados á hacer prontamente otra para cumplir con los clamores de Madrid y con los alaridos que se esperan de fuera. Convienen todas las cartas en que no hay memoria de libro que haya logrado ni más universal aplauso ni más atropellado despacho.»

Llovían al mismo tiempo sobre el P. Isla plácemes y felicitaciones entusiastas de los principales personajes de la Corte y de España. El Conde de Valparaíso, Ministro entonces, escribióle ponderándole las manifestaciones de regocijo que había

dado Fernando VI al oir la lectura del libro que el mismo Valparaíso le hizo. La Reina D.ª Bárbara, por su parte, le oyó leer en su cámara, encargó luego todas las obras del P. Isla, y antes de quince días, los dos regios esposos escuchaban juntos y con igual embeleso, una segunda lectura de *Fray Gerundio*. El Duque de Alba, también Ministro, escribíale igualmente; y su hijo, el de Huéscar, que se hallaba en Valencia, hízose enviar por postas el libro, costándole la prisa más de 100 doblones. No fué menos el entusiasmo entre el clero, y manifestáronselo por escrito muchos Arzobispos y Obispos, dignidades eclesiásticas y graves religiosos de todas las Ordenes, entre los que se distinguieron por su sinceridad y valentía el anciano y celebérrimo benedictino Feijóo y su discípulo el P. Sarmiento. Indudable era que el P. Isla, llevado de la mano por Fray Gerundio, llegaba á la cumbre del Capitolio sin que le desvaneciera ni por un momento el vértigo de las alturas: presto le veremos despeñarse con la misma inmutabilidad en los abismos de la roca Tarpeya.

En medio de aquel concierto general de alabanzas, en que no discrepaba nota ninguna, cayó de repente como una bomba, el 14 de Marzo, veinte días después de publicado el libro, un decreto del Consejo Supremo de la Santa Inquisición, mandando suspender, *hasta nueva orden,* las reimpresiones de *Fray Gerundio*, que á toda prisa se preparaban. El mismo día presentáronse en la imprenta de Gabriel Ramírez los dos secretarios del Santo Oficio Juan de Mata y Gil de Torres, y embargaron y precintaron con el sello del Tribunal los ejemplares á medio imprimir que allí se encontraban. Eran estas disposiciones los comienzos de un proceso que debía de durar más de dos años. Inquietáronse los amigos del P. Isla: comenzaron á temer, y así se lo avisaron; mas él escribía impávido á su hermana: «Yo me mantengo bueno, sin que la varia fortuna de mi *fraile* haya alterado mi salud ni aun mi ánimo. Se han conjurado contra él todos los de su palo, suponiendo que, con pretexto de los sermones, se da contra las religiones en otros asuntos. La conjuración es general y muy fuerte; pero no es menos fuerte ni menos general el partido contrario. Veremos quién vence. De cualquiera suerte me quedaré sereno. Si fuera causa de Dios, su Majestad la defenderá; si no lo fuere, tampoco quiero yo que lo sea mía.»

El decreto de la Inquisición fué, por otra parte, como un toque de clarín para los Gerundios: confusos y amedrentados hasta entonces, levantaron de repente la voz con infernal gritería, y llovieron sobre Isla y el pobre *Frailecito*, como llamaba Idiáquez á *Fray Gerundio*, las más groseras injurias y sangrientas diatribas. Todo era bueno, con tal que injuriase: prosa, verso, tratados, diálogos, sermones, cartas, romances, sonetos... En uno de estos libelos llamaban al malparado Jesuíta *el Bufón del Evangelio*, y en otro titulado *Confesión general del P. Isla*, llegaron á acusarle de cuantas especies de pecados se han cometido desde el principio del mundo. Las apologías, por su parte, sin llegar á ser injuriosas, no eran menos enérgicas, y habíalas, como la dirigida al Arzobispo de Farsalia don Manuel Quintano Bonifaz, Inquisidor General y confesor del Rey, por el Capuchino Fray Francisco Ajofrín, religioso gravísimo y gran teólogo, que tenían trozos tan lógicos y enérgicos como éstos: «Es, en verdad, muy extraño—dice—que á algunos religiosos les haya ofendido tan vivamente un Gerundio imaginario, y no les choquen nada tantos Gerundios de carne y hueso como siguen sus ejemplos y viven entre ellos... Dejad, Excmo. Señor—añade—, dejad gritar á los contrarios, persuadido de que esos gritos vienen en su mayor parte del infierno; el enemigo común ha comenzado á experimentar el mal que puede hacer en su reino el libro *Fray Gerundio*. Soy, pues, de opinión de que este libro debe de imprimirse, no una vez, sino mil veces, y de que si la autoridad de V. E. y del Santo Tribunal no bastan para abatir el orgullo de los envidiosos, es necesario apelar á la poderosa influencia del Rey, cuya conciencia dirige V. E.»

En medio de este diluvio de alabanzas y vituperios manteníase el P. Isla en su impávida jovialidad, como si personificase á aquel su D. Antonio del *Día grande de Navarra:*

Que se alborote el abismo,
Que el cielo se venga abajo,
Que el Ebro se pase al Tajo,
Don Antonio siempre el mismo.
En celestial parasismo
Parece que se enajena;
Cuando llueve, cuando truena

Su semblante siempre igual,
Y si muere de algún mal,
Será de gota serena.

El 16 de Junio escribía á su hermana Mariquita:— «Deséote una salud tan robusta y una paz tan octaviana como la que yo gozo, con admiración de los que vienen á Villagarcía á ver repetido el milagro de la zarza que en medio de las llamas no se quemaba, conservando todo su verdor y lozanía. He tenido esta semana tres visitas de tres religiosos, carmelita descalzo, mercenario calzado y un benedictino. Todos tres vinieron para rezar un responso sobre la sepultura del autor de *Fray Gerundio*, ó á lo menos para hacer con él lo que los amigos de Job cuando estaba en el muladar. Quedáronse atónitos y pasmados al verle, no sólo vivo y sano, sino gordo, rollizo, colorado y fresco, que era un alabar á Dios. Juraron todos tres, cada uno por su respectivo escapulario, que esto sin milagro no podía ser, y aunque yo procuré persuadirles á que lo contrario no podía ser sin milagro, no lo pude conseguir. En fin, todos se fueron convencidos á que debió ser verdad la mentira de Aquiles, y que á mí me bautizaron sin duda con agua de la laguna Estigia para hacerme invulnerable. Hoy todo el empeño es si pueden encajarme en el talón algún flechazo, y por eso me andan acechando á los carcañales.»— Y el 30 del mismo mes torna á escribirle:—«Hija mía: me alegro, como soy cristiano, de que te vayas persuadiendo á que tienes un hermano héroe y un sobrino (el libro de *Fray Gerundio*) diocesillo del segundo orden. Aquél y éste se mantienen invulnerables, tanto, que habiendo estado aquí la semana pasada dos caballeros de Bilbao, sin más fin en esta romería que el de conocer al padre de tu sobrino, se quedaron aturdidos cuando le vieron tan gordo, tan colorado, tan fresco, tan rollizo y tan jovial: siendo así que por la cuenta traían buena provisión de responsos para gastarlos sobre su sepultura, persuadidos á que sólo encontrarían el polvo de una persona tan triturada. Juraron por todos los dioses y diosas que se usaban antiguamente que, habiéndoles pasmado la viveza de la obra, mucho más les asombraba la vitalidad del autor, y fueron resueltos á levantarle una estatua con esta inscripción, aludiendo á la planta que se llama siempreviva:—Al siempreviva Mata Gerundios.»

Terminóse al fin el proceso, y el 10 de Mayo de 1760, apareció en Madrid un decreto de la Santa Inquisición, condenando á *Fray Gerundio*, con la singular cláusula de no coartar la facultad de conceder licencia para leer la obra á todo el que la pidiera; que no parece, observa un autor extranjero, sino que la Inquisición procuraba facilitar por un lado, la lectura que prohibía por el otro. Hallábase entonces el P. Isla predicando por tierra de León y de Galicia, y no pudo, por lo tanto, conocer el decreto hasta su vuelta á Villagarcía. Su sumisión fué ejemplar y perfecta, sin luchas ni abatimientos: bajó humildemente la cabeza y no volvió á hablar del pobre *frailecito* que tantos afanes le había costado. Las dos únicas veces que le nombra en sus cartas íntimas, después de esta fecha, son, escribiendo á su cuñado y á su hermana. Al primero le dice: «La carta de 10 me da á entender que este amigo te anticipó la noticia del desgraciado, pero tan previsto, fin que tuvo aquel libro, cuya sentencia se publicó el mismo día de la fecha, según la copia que remiten de los delitos que se le imputan para haberle conducido al cadalso. No me alteró un punto la paz del corazón ni la serenidad del semblante, como lo notaron los mismos que me la oyeron leer luego que la recibí; porque este sacrificio estaba ofrecido á Dios muy de antemano, por no echar á perder el mérito que, sin duda, tuve en la formación de la obra; porque Dios nos descuenta los desaciertos del entendimiento en los cargos de la voluntad.» A la segunda, le dice en su tono humorístico de siempre: «Dios tenga en descanso al pobre *Fray Gerundio*. Condenólo el Tribunal y se publicó la sentencia el 10 del corriente. Ella le declara reo de todos los delitos que puede cometer un libro, salvo los que tocan inmediata y directamente á la fe y á la Religión; pero, al mismo tiempo que le condena á él, condena igualmente á todos sus enemigos, pasados, presentes, futuros y posibles. Este negocio se acabó, y yo me he quedado tan tranquilo como si hablara con el Bey que se refugió en la plaza de Orán.»

Pero, en medio de la grave humillación que se le imponía, quedábale al P. Isla un consuelo inmenso, único que su gran corazón apetecía y deseaba... Evidente era que Dios no rechazaba su obra, puesto que se servía de ella para desterrar de su Santa Iglesia la ponzoñosa plaga... Porque el *frailecito* había

muerto, en efecto; pero antes de morir hundió el puñal hasta el pomo en el corazón de la alimaña gerundiana, y herida ésta de muerte, retiróse desde el primer momento al fondo de su madriguera, donde expiró dando destemplados gritos, y donde para siempre quedó sepultada.

Por eso — y esta es prueba decisiva de mi tesis —, cuando, postrado el P. Isla en el lecho de muerte que debió á la caridad de los Tedeschi; y recibidos ya el Viático y la Extrema-Unción, se preparaba á rendir cuentas de su larga vida, al Dios que juzga á las mismas Justicias y encuentra manchas en las estrellas del firmamento, declaró tranquilo, jovial y sereno, como había vivido toda su vida, que fuera aparte de la misericordia de Dios, á *Fray Gerundio* debería su salvación eterna: porque era la obra en que con más pureza de intención y mayor ahinco había trabajado por la gloria de Dios y de su Iglesia.

Por eso, también dijo con razón un biógrafo italiano, contemporáneo suyo: «El P. Isla es uno de los escritores más excepcionales y perfectos que ha habido en España. La finura y delicadeza de sus pensamientos, la urbanidad, la elegancia y lo picante del estilo, la pureza y corrección del lenguaje, caracterizan sus numerosas y variadas obras. Estas hacen el elogio de escritor: queda que hacer el del hombre; porque quien no conoce el corazón de Isla, no conoce el más relevante de sus dones.»

Feliz yo, señores Académicos, si al levantar una punta del sudario del olvido que va cubriendo ya la memoria del P. Isla, he logrado daros á conocer aquel gran corazón, tan conforme en todo con la voluntad divina, que practicaba sin esfuerzo ni violencia lo supremo de esta virtud, madre de santos: Desear sin inquietud; poseer sin disipación y, lo que más difícil es á la débil condición humana: ¡perder sin dolor!..

He dicho.

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. ALEJANDRO PIDAL Y MON

Señores Académicos:

Permitidme que con perdón del mozo despierto y muy taimado que revuelve los trastos de la mesa y los libros del padre Coloma, creyéndose encargado por la Providencia divina nada menos que de matar todas sus ilusiones en flor, empiece por decir al ilustre padre que, á lo menos por esta vez, el simpático trasto y el diablejo tentador de su cristiana paciencia se ha equivocado de medio á medio, dando con esto inverosímiles, pero autorizadas sospechas de necedad, por lógicas exigencias de su implacable doctrina, á la par que solemne confirmación por lo mismo, de la alta sabiduría de la Academia, al recordar, como de un profundo letargo, del sueño homérico que padeció, la breve siesta, en que, soñando sin duda que ya tenía en su seno, por los derechos del orden que reclama á cada cosa en su sitio, á tan esclarecido escritor, descuidó hacerle entrar con toda formalidad por la puerta y sentarle en el ya impaciente y preparado sitial cubierto con el paño de oro de sus éxitos.

Las causas de la elección del P. Coloma para individuo de número de la Real Academia Española son tan notorias á todo el mundo, que hasta cuesta trabajo conceder que pudiese ignorarlas ni aun la ceguedad de la cristiana modestia, y puesto en el aprieto de hablar de ellas ante vosotros, os aseguro que preferiría mil veces, al ya cansado papel de repetirlas de nuevo con aires de propia y recóndita investigación, el más airoso de explicar al público, cortesano lector del P. Coloma, la razón de por qué hemos tardado tanto en consagrarlas, ciñendo á las venerables sienes de su feliz poseedor el laurel de la inmortalidad,

Y la razón es bien sencilla: para ser individuo de la Real Academia Española es indispensable tener, al ser elegido, residencia fija en Madrid, y el P. Coloma sólo por accidente solía residir en la corte. La seguridad moral que hoy gozamos de que no se ausentará definitivamente de entre nosotros no la podíamos tener cuando su relativa falta de achaques y su sobra de juventud hacían verosímil y muy probable la seguridad de su ausencia en pos de más altos fines de su Instituto, y como el R. P. Coloma, por sus hábitos, de tanta y tan feliz recordación en los fastos de esta Academia; por su extensa y castiza labor literaria; por su estilo, tan espléndido como limpio, y por su gloria de buena ley en la república de las letras, parecía ya uno de los nuestros, aunque le faltase el detalle de la toma de posesión, se fueron deslizando los años llevándose á la correspondiente de arriba á los electores jurados del P. Coloma, que nos dejaron al irse el cuidado de reparar este descuido, con pena en algunos tan honda, que la noche de la elección juraría como que les vi abandonar los dorados sillones de sus retratos y acercarse silenciosamente á la urna con la papeleta abierta en la mano.

Por eso sin duda, como sabéis, fué presentado para Académico el R. P. Coloma por todos los más caracterizados matices que componen la clara luz de esta Corporación; por eso fué su elección como unánime; por eso se vió con honra y con honor para todos, que apenas resonó el nombre del P. Coloma en los alrededores de la urna no hubo necesidad ya de más, y todas las candidaturas ambientes le abrieron respetuosamente el paso, como al que tenía conseguido ya de antiguo el derecho á tomar su asiento, conquistado y no disputado en verdad, en los sitiales de la Academia. ¡Hermoso privilegio de la verdad, de la razón y de la justicia sociales que con tal majestad se imponen, que á la sola presencia del derecho que representan, todas las pasiones les rinden respetuosas las armas y todos los ruidos les baten la Marcha Real. Diríase como que todos se sienten vencedores en su triunfo, no robado por manejos de la habilidad y de la intriga, ni por imposiciones de la fuerza, sino obtenido como de sanción de una ley en que estriba la esperanza, la satisfacción y la gloria al cabo de todos!

Sólo en una cosa le ha sido adversa la fortuna al P. Coloma en esta ocasión, y es la de que sea yo el llamado á darle la bien-

venida; entre otras razones, porque con haber admirado yo, desde que las leí, al autor de las primeras páginas de *Ranoque*, que son un asombro de vigor, de pensamiento y de estilo, no le conocí sino tarde, en los sombríos claustros de Veruela, un día en que le miré aclamado por todos los jóvenes de la comunidad que tenía allí su noviciado.

Fué una de las raras ocasiones en que pude observar mejor la compenetración de las almas en la lectura. Allí lo de menos era el P. Coloma real; cada uno veía reflejados en la personalidad del escritor, como en un espejo gigantesco, todas las figuras de su repertorio literario, todas las almas de su creación espiritual, todas las historias forjadas á la voz de mando de su ingenio. No abrazaban al P. Coloma, no; abrazaban al dios creador de tanto y tanto personaje, al padre de todos los héroes de la ficción que se había posesionado de sus almas; y en medio de la precoz inteligencia que se señalaba en los rostros de los entusiasmados novicios, imperaba en ellos una admiración infantil, un candor inconsciente, una inocencia espontánea tal, que me recordaban los sencillos espectadores de un jugador de manos en un concurso popular, mirando absortos y sin darse cuenta de su expresión, el paño negro, de entre cuyos pliegues había salido tanta flor, tanta cinta, tanta paloma! Y la negra sotana del P. Coloma aparecía sin duda á sus ojos maravillados como otro paño negro de mágico prestigiditador, de entre cuyos pliegues había salido tanta Rosita Piña, tanto Ranoque, tanto Manolo, tanta Lulú, tanta Condesa de Santa María, tanto don Recaredo Conejo, tanto Currito Pencas, tanto Desperdicios, tanto Juan Miseria, tanto Felipe!; en suma: tanto tipo característico, vivo, inolvidable, inmortal, ordenados en larga y vistosa procesión, desde aquel aristócrata democrático que sólo se diferenciaba de Byron en la falta de cojera y de genio, hasta aquel simpático aprendiz de pecador que por fortuna suya no tuvo alientos para llegar á Pilato y se quedó en Pilatillo, con otros más que no miento porque sospecho prudente yo, que no cautivaron tanto como éstos la piadosa atención de los candorosos novicios.

Este tardío conocimiento me hace ignorar mil detalles de la vida literaria del P. Coloma, que sería tan interesante y tan grato relataros en este momento: la época en que sus padres,

envanecidos por sus aptitudes bélicas y sus arrojos infantiles le dedicaron á los azares de la Marina Real; la época en que el ingenio literario empezando á dar muestras de su vigor le hizo desembarcar en la tierra firme del derecho; la época de la primavera poética en que la inspiración se cubre como rico pensil de fragantes y encendidas flores; la época de las luchas por el amor, por la ambición, por el triunfo de la ilusión en todos los órdenes de la vida; la época en que la misericordia de Dios hiere el corazón de sus elegidos con la mano impía del desengaño; la época de la muerte al mundo y de la resurrección en el mundo para convertir al mundo á la causa de Dios que dió su vida por el mundo; y, finalmente, la época otoñal de la madurez, en que, equilibrado el organismo, serena la personalidad, despejado el entendimiento, el espíritu contempla todos los horizontes sin brumas, y ordenado por la providencia de Dios en los trabajos de su vida, mira acercarse tranquilo la hora señalada en la eternidad como fin de su misión en la tierra, como quien sabe que todo lo ordena y todo lo armoniza á su fin Aquel para quien los mundos son átomos que tras su evolución progresiva hacía su perfección absoluta, han de cantar durante siglos sin término la gloria del Creador que los transforma y sobrenaturaliza como astros de nueva y más clara luz en los nuevos cielos y tierra que no pasaran jamás!

De todas estas épocas de la vida del P. Coloma, la esencial para el escritor literario es la época de su juventud como escritor y como novelista, la época en que fué adoptado como hijo por la musa sin par de Fernán Caballero, y de esta época algo podríamos decir tomado de muy buena fuente.

Pero ¡quién será osado á repetir lo que el propio P. Coloma ha relatado con los más frescos colores de su lozana paleta!, y, por otra parte, ¡cómo trasladar con auxilio de la socorrida tijera á un discurso académico de felicitación aquellas páginas seductoras en que narra el autor, en forma de conversación familiar, sus aventuras picarescas de la niñez, las precoces audacias de su petulancia infantil, la bondad de la insigne escritora acogiendo con materna solicitud las tentativas anticipadas de la mariposa aún en flor para romper la cárcel de su capullo!

Sólo un Fernán Caballero podía emular aquel cuadro en que tan á lo vivo se destaca la genial y opulenta personalidad

del gentil modelo de *Clemencia,* complacida en sorprender los impacientes movimientos de la crisálida todavía por transformar, al sentir la precursora comezón del nacimiento de las alas, que por lo delicado, lo aterciopelado y lo frágil de su maravillosa estructura en todas las mariposas, más parecían destinadas á vagar suavemente de flor en flor para libar las mieles de sus cálices iluminándose con todos los cambiantes y los matices del iris al jugar en el dorado rayo del sol, que á levantar de las hondonadas del suelo la densa y furiosa polvareda que arremolinó hasta las nubes con el leve soplo de su volar sobre las hojas caídas de *Pequeñeces.*

El caso es que el niño que había de ser P. Coloma andando el tiempo, reconoció en el sin par escritor que ha inmortalizado el nombre de Fernán Caballero, la santa musa de su inspiración literaria, y D.ª Cecilia Böhl de Fáber acaso (aunque lo calle el autor) debió experimentar desconocida inquietud al sentir su sensibilidad femenina afectada por algo que ya debía palpitar, aunque en germen, en el precoz temperamento artístico del muchacho, y que no era precisamente el candor que embalsama las páginas de las *Tres almas de Dios*, sino más bien un como picaresco tufillo que se respira sin querer entre las líneas austeras de *La gorriona.*

De todos modos, hijo adoptivo ó natural, con toda la diversidad de temperamentos fruto del sexo ó de la edad, la filiación es manifiesta y el P. Coloma al aparecer en la escena de la novela española ostentaba en toda su personalidad los signos característicos de la escuela de que es glorioso fundador el autro de *La gaviota* y de *Lágrimas*, ó sea el españolismo neto, sano, tradicional de la gran democracia cristiana que se llamó el pueblo español en su matiz más delicioso y poético, el noble matiz andaluz, no tal como lo destrozan los escribidores extranjeros, y se deshonra en caricaturas, grotescas algunas veces, en las mesas de los cafés, en los corros de las tertulias cursis ó en los tendidos de los toros, sino como, en verdad, lo hizo Dios y lo produce la rica savia nacional al calor del fuego ardiente de su sol en la tierra de María Santísima.

Claro está que al principio la tradición tenía mucho de infantil, era algo así como la copia con honores de imitación y las tentativas de originalidad con serviles dejos de plagio, decoro-

sos por lo inconscientes; más tarde, aunque poco más, era como la obra aventajada del aprendiz, en que se señalan los toques firmes del maestro que perfecciona al corregir los trabajos de su discípulo; llegó por fin el instante crítico de la armonía por la elevación y la madurez del ingenio, como dos efectos hermanos, hijos gemelos de la misma causa, y se convirtió por último en la vistosa pero divergente variedad que lleva en su opulencia la vida. A la realidad idealizada de Fernán Caballero había sucedido la idealidad sensibilizada del P. Coloma; al tipo real con todas las idealidades artísticas, el arquetipo ideal con todas las realidades vivientes; á la intuición poética de la Naturaleza creada, sorprendida en la observación, la creación artística del espíritu observador que roba y que transmite la vida para animar sus hechuras; á la flor silvestre que brota fresca y lozana á las caricias del aire y de la luz del alba entre las ruinas y se marchita mustia entre sus sombras á la puesta triste del sol, el espino florido sembrado adrede entre las rosas que extiende sus ramas punzantes y vengadoras por las márgenes mismas del verjel, como leal custodio de las flores; á las *añoranzas* líricas de la sacerdotisa, las flagelaciones irónicas del profeta.

Porque, apreciados en sus dotes más espléndidas y en sus obras más características, aunque encauzados siempre los dos dentro del naturalismo poético, que es el lecho común de su inspiración y de sus obras, resulta siempre que, en términos técnicos de estética, aparece como más realista Fernán y como más idealista Coloma, aunque el realismo de Fernán Caballero sea ideal y el idealismo del P. Coloma sea realista. No hay en esto ninguna contradicción, aunque á primera vista lo parezca; y la explicación es sencilla: son arcanos del corazón, misterios de la cabeza y enigmas del alma que los informa á los dos con unidad soberana. Porque, á despecho de sus respectivas funciones, por efecto del predominio natural de uno en otro en los diversos organismos y en las almas individualizadas por las exigencias de su información substancial, suele acontecer que el hombre sienta, como suele decirse, con la cabeza y la mujer piense á su vez con el corazón.

En estos casos el corazón adivina lo que la inteligencia conoce, y la inteligencia comprende lo que conmueve el corazón;

pero la luz de la inteligencia, aunque alumbra más, calienta menos que la lumbre del corazón, que, cuando arde con el fuego de la pasión, da una llama que, además de calentar, ilumina.

Por eso, tal vez, presiente el corazón enamorado desgracias y alegrías ocultas que la inteligencia más clara no alcanza á sospechar ni prever; y si el entendimiento ve entre resplandores la idea antes de encarnarse en el hecho, la sensibilidad, al enamorarse del hecho, canta inconsciente los esplendores de la idea como la forma divina que la sublima y realza con el destello inmortal de su deslumbradora hermosura.

Por eso me parece evidente, estudiados los caracteres del discípulo y la maestra, que el proceso de la formación del discípulo tuvo que ser el siguiente: el entendimiento poderoso del P. Coloma conoció el ideal que vivificaba los seres que impresionaban con su belleza real la sensibilidad artística de Fernán Caballero, y, encendiendo con sus resplandores su mente, proyectó los rayos de oro de su esplendor sobre puñados de tierra, amasados entre sus manos, para iluminarlos con su luz y animarlos con su calor. En cuanto á Fernán Caballero, sospecho yo que se murió sin darse cuenta del procedimiento con que inmortalizaba los suyos, transfigurándolos sin querer á la luz celeste de su alma. Era sencillamente un privilegio de su sensibilidad exquisita. Amaba la flor y se impregnaba inconsciente en su perfume. Cuando componía, el aroma pasaba del corazón al papel por el intermedio de la pluma que escribía al dictado del corazón; y el escrito no era ni podía ser una disertación de botánica, era simplemente una imagen sentida de la forma y de los colores de la flor, pero de una flor tan fresca, tan olorosa y tan viva, que embalsamaba la página y, por la página, el alma entera del lector, que, sin darse cuenta del caso, se iba sumiendo y como anegando en la fragancia que invadía todo el ambiente.

Por eso en las obras maestras del P. Coloma el mundo de las ideas y de los principios se retrata con toda la perfección con que los cuerpos gallardos de los grandes señores y nobles damas, arreados con todas las galas de su principal condición y animados por sus soberbios espíritus, se retrataban en un espejo de veneciano cristal, guarnecido con marco de oro incrus-

tado de pedrería, al paso que en las obras maestras de Fernán Caballero se reflejan las creencias y los sentimientos encarnados en los cuerpos y en las costumbres vivientes, como las nubes en los lagos límpidos perdidos entre los bosques agrestes de las montañas solitarias: leves y aéreas, como apacibles y vaporosos fantasmas, en los días serenos de cielo azul; arremolinadas y sombrías, como heraldos de la tempestad, en las negras horas de la tormenta; sonrosadas y alegres en los rientes albores del amanecer; argentadas y resplandecientes de luz al desfilar, lentas y solemnes, ante el astro pálido de la noche; encendidas, como ascuas gigantescas de oro incendiadas por los últimos rayos del moribundo sol con los rojizos fuegos de la tarde.

Ante el cuadro lleno de misteriosos encantos que nos ofrece con su austera opulencia la realidad augusta de la vida, Fernán Caballero, interponiendo como un vidente iluminado el mágico y purísimo cristal de su encantado prisma, nos enseña la divina belleza de la realidad, que se transfigura al pasar los rayos de su luz por el prisma que tamiza y cierne todas las deformidades estéticas que acarrean las impurezas de la realidad; y el P. Coloma, ante ese cuadro, como un cíclope forjador que sobre el yunque de la fantasía, con el martillo de su ingenio, golpea y modela el metal que le ofrece en bruto la Naturaleza, hasta imponerle el troquel grabado en su pensamiento, fijo sin cesar en lo alto, donde reside el ideal, sólo siente el deseo de incrustar en él sus figuras, interponiéndolas entre las reales, como si hubieran nacido en él, bañándolas en el ambiente y hasta revolcándolas en el suelo para que se empapen en su color y respiren como hijas exclusivas de la violada realidad sin que nadie sospeche la oculta paternidad del autor, que calladamente se obscurece entre bastidores.

De aquí el vigor potente de sus creaciones artísticas, que imponen y que gravan la verdad con sus irresistibles acentos en sus *cuentos* más infantiles, bien distinto de aquella sosegada y dulce insinuación de los hechos más naturales que, como voz de los personajes corrientes, nos abre el pecho y nos entra en el corazón el amor á las creencias más consoladoras del alma, por la mano suave de la observación modesta con que Fernán Caballero nos *cuenta* en las más sencillas narraciones las tradiciones populares.

Bien sabemos que no todos piensan así, y que hay quien, trocando los frenos, tildan de quimérico idealismo á Fernán y de realista á la moderna á Coloma; pero nosotros, sin detenernos aquí á mayores disquisiciones sobre confusión tan extraña, nos limitaremos á responder que el realismo artístico del P. Coloma es todo lo opuesto al realismo trascendental del positivismo literario de Zola. En cuanto á los que tachan de soñador á Fernán, porque ya han desaparecido sus tipos, me recuerdan el dicho de cierto crítico original que negaba el naturalismo artístico de Cervantes porque no había logrado hallar en los mesones españoles al noble hidalgo de la Mancha con la bacía en la cabeza. Tanto valiera desconocer la verdad artística de Velázquez porque no divierten ya los reales ocios del Rey, en los alcázares reales, los *hombres de Placer*, como Pernia y Pablillos de Valladolid; las *Meninas*, como Mari-Bárbola, y los *Enanos*, como el Primo, don Antoñito el inglés, Nicolasito Pertusano y el grave don Sebastián de la Morra.

Fernán Caballero en la primera mitad del siglo XIX, como Cervantes y Velázquez en el XVII, fijaron en espontáneas sublimes y, por lo tanto, inmortales, los tipos simbólicos y vivientes de un estado de cosas y de costumbres llamado á desaparecer en la confusión de los tiempos que se llaman de transición.

A la Edad Media, que perdía los últimos rayos de su luz entre los soberanos esplendores del Renacimiento consumado; á la Casa de Austria, que se acercaba al ocaso de su grandeza colosal, pueden compararse los años de nuestra transformación interior, según los tipos modernos del cosmopolitismo vigente. Las creencias, las opiniones, los trajes y las costumbres regionales desaparecieron, en vísperas casi del entusiasmo regional, á impulsos de la uniformidad centralista y niveladora, asentada sobre los tiránicos decretos del antiguo régimen absolutista y despótico por los apóstoles inconscientes del liberalismo jacobino francés que fué su imitador inconsciente y su plagiario servil, como hijos ambos al cabo del cesarismo pagano, enemigo acérrimo y tradicional de la democracia cristiana de nuestra popular Monarquía. Durante las horas vergonzosas de disolución nacional que constituyen la epopeya de la barbarie llevada á cabo en los dos campos á un tiempo, con los tesoros artísticos, las riquezas coloniales y los principios fundamenta-

les de nuestra civilización, se perdieron nuestras costumbres y nuestros tipos nacionales, y así como el que quiera conocer la España de Felipe IV tiene que ir en peregrinación al Museo del Prado á contemplar los retratos del gran Velázquez, y el que pretenda conocer la España de Felipe II tiene que meditar sobre el *Quijote*, así el que quiera conocer la noble condición de la hidalga raza nacional, tal como la habían forjado la fe, la guerra y la tradición, antes de deshacerla y fundirla en el molde cosmopolita francés por gobernantes y por apóstoles de todas las modas extranjeras, tiene que buscar en los cuadros de costumbres de Fernán Caballero el tipo serio del campesino andaluz, el hidalgo del noble señor español y el cristiano de la mujer honrada y digna del pueblo.

Buscarlos en la España de hoy, de los *clubs*, de los casinos, de los *meetings* y de los periódicos, de las fábricas y los ferrocarriles, de los sindicatos y de las huelgas, de los socialismos y anarquismos, sería como buscar la *Rendición de Breda* en las hojas de servicios de nuestros sufridos y valientes soldados, y como buscar la victoria insigne de Lepanto en la historia de nuestras empobrecidas escuadras. Sin que porque hayan desaparecido tales empresas de los anales de nuestra historia debamos tachar de visionarios y soñadores á los que pudieron retratarlos con su pincel ó con su pluma porque los tenían delante.

Por lo demás, al tratar de vindicar á Fernán Caballero al propio tiempo que al P. Coloma, y al tratar de inquirir la fuente de sus respectivas inspiraciones, no tratamos de disminuir en un ápice los merecimientos literarios del P. Coloma, al contrario: lo que hacemos es simplemente distinguir la variedad de procedimientos que se dan en el arte y en la naturaleza, combinados para dispertar y para satisfacer al amor, que es al cabo el objetivo y la consecuencia final de la manifestación radiante de la hermosura; siendo indudable para nosotros, aparte de lo imposible de separarlos en todo, que para sensibilizar lo ideal dignamente, el camino es idealizar lo sensible hasta unir ambos procedimientos en uno, juntando el cielo con la tierra en el seno de la belleza integral, reflejo de la absoluta y divina cuya eterna contemplación constituye la beatitud que mueve y en que reposa el amor. Porque en achaques de amor, por más que digan mu-

chas estéticas al uso, contrarias al sentir del platónico areopagita, aclarado por Santo Tomás, la belleza contemplada es el bien que más mueve al amor en las almas, y aunque el arte sea superior á la propia Naturaleza en cuanto el arte es transfiguración de la realidad idealizada por otra Naturaleza superior como es la inteligencia del hombre (por donde falla el argumento basado en que el hombre es menor artista que Dios), el procedimiento de idealizar lo sensible es más apto para realizar directamente la belleza que el de sensibilizar lo ideal, porque prescinde menos del orden lógico y jerárquico con que el Creador dispuso que se ejecutasen las cosas, y así es que por grandes y por elevadas que sean las creaciones del genio para simbolizar el amor en mitos y alegorías con todos los atributos que suministra la realidad interpretada idealmente, hay algo que dice más en ese *no sé qué* de un suspiro brotado del corazón atravesado por el dardo de oro del Infinito, que se escapa por la herida abierta en el corazón atravesado, para encender el amor en el centro mismo del alma, y por bellas y luminosas que esplendan las armonías divinas de las revelaciones estéticas de un Pitagoras ó de un Platón, de un Fidias ó de un Apeles, hay algo que dice más al alma transverberada de amor en sus ímpetus y en sus éxtasis, en los dulces arpegios y en los trinos suaves del ruiseñor en las soledades de Albernia, entonando, en competencia con el humano serafín de Asís, los cánticos de amorosa alabanza á su Creador, que inmortalizaron al alado cantor de la noche en las humildes *Florecillas de San Francisco*.

Y ese *algo* será siempre el sello divinamente inmortal que caracterizará las obras maestras de Fernán Caballero, á pesar de las circunstancias y las modas y las faltas que señalen en ellas los críticos al pormenor de los genios más grandes; será el reflejo eterno de la verdad íntegra y trascendente del hecho transfigurado por el arte; será el brillo inextinguible de la luz celeste del ideal que lo ilumina y que lo alumbra; será el latido vigoroso del corazón que anima con sus palpitaciones la vida plena, exuberante, total, que corre espléndida por las venas como oleadas de sangre que llevan el movimiento y calor á todos los miembros de la obra por donde el argumento circula; será, en suma, encanto ó dón singular, hijo de su sensibilidad femenina, que vuela con las alas de la fe por la región purísima de las

ideas y de los sentimientos cristianos que penetran y elevan todo su ser, no lo afirmo, pero afirmo el hecho brutal que han compartido muchos conmigo de no haber podido leerle sin lágrimas ¡lágrimas salidas del corazón apretado por la mano invisible del alma que se estremece y se conmueve con la contemplación de la belleza moral que esparce su luz y su calor en las almas, que no han perdido del todo la imagen y semejanza de Dios!

A la luz y al calor de este sol de las letras contemporáneas nació y creció el P. Coloma como novelista, y no es extraño que trascendieran á su inspiración las cualidades y las influencias del astro más en armonía con su modo especial de ser, aun con las diferencias expuestas.

Por eso, la primer obra, ó según él mismo, el *Pastel*, que escribió el P. Coloma en los lindes de la niñez, dió lugar á la graciosísima confusión que nos cuenta que experimentó en la primera entrevista con Fernán Caballero por los inconscientes préstamos tomados con profusión de sus obras. La segunda, *Solaces de un estudiante*, fué ya dirigida y prologada por Fernán, constituyendo su primer obra seria, escrita á los diez y siete años de edad; vinieron después *Juan Miseria*, *Caín*, *Don Juan Botija* y algunos otros cuentos y artículos, revisados todos por Fernán, que se encargaba de publicarlos, más celoso de sus éxitos que el autor, y aunque estas obras las conocemos retocadas por la reflexiva diestra del P. Coloma cuando se volvieron á publicar años después en las columnas de *El Mensajero*, en lo esencial fué respetada su hechura tal como había visto la luz en los años alegres de su adolescencia.

Pero ¡ay! aquellos años felices corrieron en el atropellado curso de la vida como corren los ríos al mar, y cuando sonaron en el reloj de la Historia los días serenos de la Restauración, que venía á poner paz en los campos y en las ciudades, en las vidas y las conciencias, el escritor ameno, festivo y el joven de buena sociedad y el audaz y revuelto político que había trabajado con bríos y con peligros por la restauración de la Monarquía derrocada por la Revolución de Septiembre, variando de repente de rumbo, entró de improviso en el Noviciado que la Compañía de Jesús tenía en el castillo de Poyanne, en el país vecino de Francia. El P. Coloma tenía á la sazón veinticinco años;

pero sus trabajos, sus desengaños, sus estudios, abrumándole con prematuros achaques, le coronaron con tanta y tan formal gravedad, que representaba más de cincuenta. Su noviciado y los estudios de Humanidades, de Filosofía y Teología que llevó á cabo en Francia, en Portugal y en Italia, en medio de enfermedades continuas, agravaron su mal estado de salud, hasta que, habiendo regresado á España en 1882, empezó á escribir como por obligación en *El Mensajero* las «Lecturas Recreativas», reanudando su inspiración con tal éxito, que la exigua y poco conocida revista adquirió en breve extensa popularidad con las obras del P. Coloma, que apenas se iban conociendo en España se iban traduciendo al alemán, al inglés, al francés y al italiano, hasta el punto de hallarse vertidas hoy á todos los idiomas cultos, corriendo diversas traducciones en alemán y en inglés y en diversos dialectos de Austria, y siendo muy de notar que ninguna de estas traducciones estén hechas por Padres de la Compañía de Jesús de aquellos países, sino por literatos de profesión ajenos á la Compañía, y algunos de ellos protestantes. ¡Tal ha sido el mérito de estas obras, tal el éxito que coronó los trabajos del escritor español, tal su fama de novelista en el mundo!

Pero el éxito verdaderamente fenomenal, el que difundió con estrépito con todas sus trompetas la Fama, el que hizo época en la historia de nuestras publicaciones, todos perfectamente lo recordáis, fué el éxito de *Pequeñeces*.

Se ha hablado tanto y con tanta parcialidad en pro y en contra de este libro; se ha escrito tanto sobre él, que fuera ocioso comentarlo, estéril atacarlo ni defenderlo y cansado examinarlo de nuevo después de tantos y tan cercanos trabajos en que se le analiza y diseca. El P. Coloma se ha lamentado en su discurso con acentos tan dolorosos y tan sentidos de este éxito, rechazando indignado el que se le intentó atribuir como sátira personal de personajes conocidos, que sería ofenderle volver la vista sobre él ni para defenderlo siquiera de posibles interpretaciones. El libro quedará siempre lo que es: una novela de costumbres profunda, verosímil y amena, compuesta con portentosa diversidad de caracteres y de pasiones que están chorreando la vida, con gran conocimiento del medio ambiente social en que se desarrolla la trama tejida con interés

intenso, incesante, creciente, y escrita con tal primor que yo oí decir á Tamayo con voz autorizada y solemne, que desde Cervantes acá no había conocido en castellano trozo de prosa mejor escrito en verdad que la bajada desatentada del coche conducido por Currita Albornoz por la cuesta de *Las Meagas*.

¡Tan verdadero y tan vivo le presentaba el cuadro conmovedor, el estilo coloreado y vibrante, el lenguaje claro, transparente y terso como el cristal, en su propiedad y en sus giros, castizos sin afectación, artísticos con naturalidad, y elocuentes sin declamación; todo lleno de vida, de color y de luz, como lo pedía el relato!

Mucho bueno había escrito antes el P. Coloma, mucho y bueno ha escrito después, pero ninguna de sus obras borrará el nombre de *Pequeñeces* al frente de sus producciones. Sería el resultado final de lo gráfico del estilo, de la vida de los personajes, de lo interesante de la ficción, de la realidad de la escena, de la supuesta intención, de las alusiones supuestas, del intento político sospechado, del traje talar del autor, de la Sociedad religiosa á que pertenece, de la clase social retratada, sería todo junto á la vez; pero el estallido fué colosal, resonó como una gran explosión y el humo tardó largo rato en dejar limpio el horizonte. Parecía aquello algo como una tremenda acusación, como una máscara violentamente arrancada, como un gigantesco telón descorrido por mano audaz de repente, poniendo á la luz del sol todo un mundo en paños menores, y, fuera el que fuera el humor de cada espectador sorprendido, y fuera una ú otra la exclamación que se escapase sin querer de los labios, favorable ó desfavorable al suceso, ninguno dejó de clavar con ansia su vista en el escenario, ávida de devorar todos los pormenores del espectáculo y de gozarse con fruición en los deleites del escándalo con que la lección se vestía, y de alegrarse con el són de los ruidosos cascabeles que adornaban y disfrazaban el látigo.

Y á esta fiesta de la imaginación, de la literatura y de la sátira se asomaron en coro todas las virtudes y todos los vicios á un tiempo, las clases, al parecer lastimadas, confundidas con sus rivales, conformes todos en los primeros momentos, en la impresión pasajera de que el ídolo era la víctima, sin reparar si era el dios ó su simulacro el que, usurpando el altar, venía

roto en pedazos al suelo por la diestra airada por la profanación del impávido sacerdote que ocultaba su indignación, al derrocarle del ara, tras una ironía mortal velada en una sonrisa que parecía una carcajada.

Y es que cuando sobre una masa social se destaca alguna excepción de rasgos caracterizados, la excepción personifica, aunque no se quiera, la masa que se pierde en la obscuridad, y sólo queda elevado como una gloria ó un baldón el símbolo ostentado á la faz de toda la multitud por la voz encantada del genio.

Y como la novela *Pequeñeces* no es una novela histórica de la Edad Media ó Moderna, de la época griega ó romana, una novela inglesa, alemana ó rusa, sino una novela contemporánea española y hasta madrileña, en que el lector cortesano cree que va á encontrar su propia personalidad al doblar de la esquina ó de la hoja, ¡hasta tal punto le es familiar el tablado con los bastidores y los papeles! el sentimiento de la realidad se apodera del ánimo del lector, olvida que está leyendo una novela y se vuelve á cada renglón á saludar al conocido que se aparece en la escena con la plenísima convicción de que le va á devolver el saludo, y este es acaso el aliciente mayor y el peligro casi mortal que encierra y que bordea la obra; como un espejo harto fiel colocado ante el rostro gracioso, pero desmejorado, de una picante beldad afeada por las viruelas.

Pero dejando por ahora á un lado esta obra tan singular y de tan ruidosos destinos, pasemos, rápidamente nada más, la vista por aquellas otras más notables que sirvieron de marco, de preludio ó de coronación á la obra magna de *Pequeñeces*.

Acaso como trabajo literario, de intención, de alcance y profundidad, aunque de menos extensión, no le va en zaga á *Pequeñeces La gorriona*; pero esto no es Madrid, es Sevilla, y lo que gana en color local lo pierde en lo local del color en sus tonos más delicados. Como arte insigne de naturalismo al revés, es obra maestra *Por un piojo*, aunque el título dibuje infaliblemente un gesto de repugnancia veloz en el rostro del lector extranjero, que ha trascendido al traductor en casi todos los idiomas, por lo que le han cambiado su título, con daño de su valor, de su significación y su intento. Recordaremos los tremendos cuadros *Del natural*, que son de sus obras más perfectas, sin olvidar la realidad temerosa de *Chist*; las sencillas su-

blimidades de *Resignación perfecta*, que hacían las delicias de Fernán Caballero, y las tremebundas páginas de *Ranoque*, esculpidas con un puñal sobre el fondo del corazón, con rasgos tan verdaderos como repugnantes y odiosos á toda sensibilidad, si no la fascinara el *sublime* que brilla en medio de aquel horror, con la luz cárdena y deslumbradora del rayo entre las más espesas tinieblas.

¿Cómo es posible imaginar que el autor de aquellas inolvidables escenas que ponen espanto en el corazón más aguerrido en las salvajes luchas del vicio, del crimen y la maldad, es el mismo que nos deleita con los apacibles y risueños cuadros de los comienzos del *Boy*, de *La almohadilla del niño Jesús* y de los *Retratos de Antaño*?

Y ¿cómo es posible concebir que el autor del *Ratoncito Pérez*, ó sea el primoroso *Cuento del Rey*, que es una lección infantil sobre el arte excelso de reinar en forma de apólogo ó de fábula, es el que, abordando como el arroyuelo la mar, se espacía en sus senos más hondos y en sus horizontes más vastos engolfándose en los encantadores peligros y los difíciles primores de la *Historia* llamada con razón *Pintoresca* con trabajos del lastre y de la amenidad de la *Reina Mártir* y de *Jeromín*, en que parecen revivir en todos los detalles de su vida más peculiar las grandes figuras de la infeliz María Stuardo y del magnánimo D. Juan de Austria?

La *Reina Mártir* es un encanto de belleza y sublimidad; pero *Jeromín* la sobrepuja por el arte y por la labor, y por las serenidades del juicio en asuntos tan disputados por la conciencia y las pasiones. Dicen que el P. Coloma la escribió poniendo en ella todos sus cinco sentidos; y yo me permito añadir que la escribió á la sombra de una sotana á que rinden las armas en són de honor los soldados de una gran Compañía, contra quien no se atreven á ladrar las jaurías del fanatismo. Si el P. Coloma no hubiera merecido y alcanzado ya la palma del escritor entre los mejores de su tiempo, la novela histórica *Jeromín* le abriría por sí sola, de par en par, las puertas de dos Academias: la que corona el arte de la forma literaria más ideal y la que premia la investigación honda y serena y la exposición franca y sincera de la realidad en los senos más íntimos y recónditos de los arcanos de la Historia.

Porque no es menuda labor la de dar corrientemente en el clavo en asunto de tal magnitud, tan rodeado de escollos, de sirtes y precipicios, cubiertos todos por las nieblas del prejuicio, de la pasión y de la ignorancia amontonados allí por los declamadores de oficio de las dos mentiras rivales, en los sucesos de aquel tiempo: la que todo lo condena en montón como obra infame del crimen perpetrado incesantemente por monstruos que sólo respiran el mal, y la que todo lo canoniza á bulto y sin excepción, como si fuesen ángeles y no hombres los que nos delata la historia como hijos al fin de Adán, aunque regenerados en Cristo y absueltos al fin por la Iglesia; pero, merced á esta penosa investigación y á este juicio elevado y sereno, sobre esta exposición concienzuda de pormenores pintorescos y de interesantes detalles se levanta como sobre un pavés, erguida como una aparición evocada por el doble conjuro de la ciencia y del arte, la gran figura del hijo de Carlos V, con una realidad tan verdadera y tan viva, que el vencedor de Lepanto, á semejanza de los héroes de la clásica antigüedad, que, divinizados como dioses en las alturas del Olimpo, abandonaban á veces sus cimas etéreas y luminosas para conversar en el suelo con los mortales, desciende á su vez del carro del triunfador flotante sobre las nubes por donde le conducen las Musas al són de himnos y de cánticos que glorifican sus hechos más valerosos, para bajar á la tierra y convivir con nosotros en los días serenos de la niñez, en los años inquietos de la adolescencia, en los intrépidos y valientes de la juventud, en los firmes y grandes de su noble virilidad, enseñándonos en su cabeza y en su pecho, á través de los cristales de su mente y de su corazón, de qué sangre se nutren los héroes, con qué luz se alumbran y se iluminan los genios, con qué creencias, verdades y sentimientos se forman los grandes Príncipes, llamados de una ú otra manera por Dios á sacrificar su vida por su Patria, haciéndola grande y feliz á costa de trabajos y sinsabores, como lo hizo el gran hermano de Felipe II, educado y formado á las más altas empresas y á las más gloriosas hazañas por las sencillas, pero sublimes virtudes de la religión; por la dama española y cristiana D.ª Magdalena de Ulloa, ¡hasta el punto de no poder comprenderse en todo su intenso valer las grandezas viriles de D. Juan de Austria sin haber tenido á la vista las pe-

queñeces infantiles de *Jeromín!* De tal modo brillan al despuntar de la aurora en el alma la luz y el fuego celeste del creador, que, ó los tuerce la mala educación hasta apagarlos en las tinieblas, ó los alimenta y acrece la educación sólida y sana hasta encenderlos como un sol que alumbre y fecunde la Patria, que honre y glorifique á la humanidad, y que ilustre y ornamente la historia, como las alumbró, honró é ilustró el gran General de las escuadras cristianas cuando salvó á la Europa y al Mundo del fatalismo religioso y del despotismo político; es decir: del más bárbaro cautiverio, en aquella inmortal jornada que señaló el gran Cervantes á la posteridad y á la Historia como la más alta ocasión que vieron y que verán los siglos.

Tal es á los ojos de todo el mundo el mérito de la novela histórica y pintoresca que lleva el título de *Jeromín*, y que, inaugurando un género particular entre la novela y la historia, despierta un gran interés en el lector y abre ancho campo á la verdad sincera definitiva y final, repujada y cincelada con esmero y vigor por los cinceles de oro de la ciencia y el arte.

Dícese que el P. Coloma tiene en estado de preparación otro trabajo por el estilo de *Jeromín*, que llevará por título *Fray Francisco*. Dios le conceda salud y tranquilidad para llevar á cabo esta obra, que será, de seguro, un monumento literario levantado á la gloria de la gran figura del Cardenal Cisneros, tipo eterno del sano y legítimo clericalismo español, del castizo y austero fraile, del religioso franciscano que, erguido en medio de los siglos que constituyen nuestra historia, como para simbolizar nuestra política nacional, así en España como en Africa, mira, según transcurren los tiempos, agigantarse su figura con la comparación de los estadistas más celebrados, que se agrupan en torno de él como los sillares de un pedestal encargado de levantar á lo alto la estatua gigantesca del genio, del carácter y de la virtud españoles señalando con mano firme á la Patria el Norte de sus providenciales destinos.

Y basta ya, que no hemos de ir pasando revista á todas las obras y los cuentos de este infatigable escritor, ni aun para designarlas con el dedo á la admiración del público, que las conoce y las aprecia, saludando unánime al escritor que las hace brotar con su pluma, bien así como contra su voluntad por razón como de obediencia y de oficio.

Y viniendo ahora á su estilo y á su modo de componer habitual, dícese, lo vuelvo á decir, porque yo sólo sé estas cosas de oídas, que el P. Coloma es un laborioso y primoroso cincelador que cincela y pule hasta cuatro veces su estilo, dejando correr la pluma con naturalidad, pero castigando y perfeccionando lo escrito al copiarlo por segunda y por tercera vez y, generalmente, hasta por cuarta. La primera, cuando arroja sobre el papel, en espontánea inspiración, la composición ideada, y ésta suele hacerla con lápiz; la segunda, con tinta ya, cuando la modela y corrige para darla forma final; la tercera, al trasladarla con limpidez para facilitar la censura, y la cuarta, al darla el último toque al fin, como quien dice el *bruñido*, para entregarla á la imprenta; y no faltan maliciosos conocedores de su tintero que añadan que unas veces el P. Coloma escribe con pluma de ave, que vuela y se remonta hasta el cielo con las alas de la paloma, y otras escribe con acerada pluma de hierro, que rasga, al acariciarlo, el papel y hiere y lastima como si fuera un puñal, y como sin querer, el retrato, y agregan que la tinta que suele usar en sus escritos unas veces está compuesta con miel y otras con miel y con hiel en diferentes proporciones, según las necesidades del caso; mas yo creo que estas son malicias del vulgo murmurador, que siempre achaca á los otros lo que él lleva dentro de sí. Precisamente á ese vulgo, en sus dos grandes y opuestas manifestaciones, he oído yo calificar de *mundano*, con cierta satisfacción, el estro del P. Coloma, y no sé si me equivocaré, pero creo con toda mi convicción que, aun en sus novelas más pícaras, el P. Coloma es ante todo un Padre predicador que por curioso y extremado procedimiento, para hacernos amar la hermosura de la virtud, se entretiene en pintarnos las fealdades del vicio. Sólo que hay hombres tan pícaros que todo lo convierten en mal, quiero decir en substancia, y cuanto más feo se pinta el vicio, les gusta y encanta más. Yo conozco un militar, tan alegre como valiente, que cuanto más la afeaba el autor, más le gustaba Currita, sacando como fruto espiritual de la lectura de *Pequeñeces* una sincera y pecaminosa adoración hacia la travesura endiablada de tan singular heroína. Ante lectores así no es extraño que aparezca *mundano* el estro cristiano y flagelador de todo mal y pecado del renombrado escritor que se llama el P. Coloma.

Y aquí encaja como de perlas, para final de esta contestación académica, una observación que me está cosquilleando la pluma desde que la he tomado en la mano, y que se enlaza con el discurso y el tema, y la inspiración y la obra de más ruido y celebridad del Rdo. P. Coloma, y que voy á exponer con toda la sinceridad y el candor con que yo expreso mis opiniones.

Yo no sé, fuera de la tristeza, de la indignación de que nos ha hablado el P. Coloma, qué otro sentimiento pudo dispertar en su autor el éxito de *Pequeñeces;* pero por grande que sea la modestia de tan esclarecido novelista, por profundo que sea su alejamiento del mundo y sus pompas y vanidades, y por seguro que esté de la pureza de su intención y de la inocencia de su escrito, me parece en este momento á mí que, aun sin darse cuenta de ello el P. Coloma, respira por la herida á su vez, al enlazar casualmente la vacante de su sillón con el recuerdo del P. Isla, y no del P. Isla literato, en vista de sus altas dotes de escritor, sino del P. Isla sacerdote, varón virtuoso y mártir como casi se podría decir, autor del célebre *Fray Gerundio.*

Porque será, á la verdad, otra coincidencia casual; pero es mucha la coincidencia entre dos Padres de la Compañía de Jesús, ambos autores de dos libros de gran éxito en su publicidad y acusados ambos á dos de dos sátiras envenenadas contra dos clases sociales respetables de toda respetabilidad para sus respectivos autores.

Y puesto que ha querido la suerte que fuese el mismo antecesor del P. Coloma el que recordó el paralelo, dando con esto no sé si pie ú ocasión al P. Coloma para hablarnos del P. Isla, yo voy, á fuer de encargado de contestarle, á dejar hablar á mi corazón brevemente en estas páginas sobre ello.

Sí; tiene razón completa el P. Coloma, á pesar de su genio trasteador enemigo mortal de sus ilusiones, en soñar despierto con el P. Isla y en hacer pública vindicación de la seriedad de su intento en su libro de *Fray Gerundio*, porque al hacer esta *buena obra* de estricta moralidad defendiendo un *hombre* y un *libro*, abre campo, da pie y da ocasión á que los lectores se digan lo que ya afirmó Valentín Gómez: «¡Quién sabe si este P. Coloma, jesuíta y autor de la novela *Pequeñeces*, no es otro P. Isla, á su vez, como el jesuíta autor de *Fray Gerundio*, acusado de

atacar á la *aristocracia de la Restauración*, como el P. Isla á la *Escolástica* y á los *frailes!* ¡Quién sabe si, ahondando en el fondo de esos dos llamados *libelos*, no hallaremos dos profundas *apologías* de lo mismo que se les acusa atacar! ¡Quién sabe si, así como el P. Isla dió testimonio con su vida de la elevación y seriedad de sus virtudes cristianas, que se reflejaron á su manera en sus obras, el P. Coloma mereció con la suya que, en vez de ser elogiado ó tachado de *mundano* como escritor, se le clasificase de *ascético*, porque, criado y mimado en el mundo y su sociedad, conoció sus daños y sus peligros y los flageló con severidad implacable, fijando su fealdad en *espontáneas* vivientes y exhibiéndolas á la pública execración en *cinematógrafos* ambulantes, adornados con todas las bengalas de luces brillantes de color y bombillas incandescentes, al són del parche y del clarín para atraer al espectáculo moralizador al vulgo desocupado!»

Yo he leído con atención el *Fray Gerundio* del P. Isla, y lejos de creerlo una sátira contra la Filosofía escolástica, como se me había hecho creer, sostengo que es una apología de la ciencia de Santo Tomás, una defensa del escolasticismo y aun una vindicación de Aristóteles contra los detractores modernos del filósofo de Estagira. *Fray Gerundio* es Fray Gerundio propiamente por su asco á la escolástica y á sus *ergos* y su amor á las declamaciones retóricas de la charlatanería archiculta. El que censure vicios, abusos y escenas de los escolásticos decadentes, esto es, de los malos escolásticos, nada prueba contra su entusiasmo por la ciencia, por la filosofía y por la teología escolásticas, sobre todo de Santo Tomás, á quien coloca en las nubes. A Aristóteles, sin idolatrarlo como autoridad infalible, lo vindica de los necios ataques de los cartesianos, baconianos y enciclopedistas académicos, á quienes ridiculiza por su pretensión de destronarle con sus invenciones, que juzga inferiores aún á las malas de Aristóteles; y los *estudios* que el célebre Fray Gerundio *deja para meterse á predicador* son precisamente las ciencias de Aristóteles y de Santo Tomás.

Y lo mismo pasa con los frailes, los censurados son la excepción, como es una excepción Currita; la masa, la casi totalidad, sólo merecen elogios al P. Isla en *Fray Gerundio*, como en su caso al P. Coloma en *Pequeñeces* las damas de más bri-

llante posición y de más elevada alcurnia. Lo que tiene es que los artistas, ambos á dos, se esmeraron tanto en pintar con propiedad al diablo, que dejaron en la penumbra á San Miguel y sus legiones gloriosas, y como es más fácil retratar el mal con rasgos pintorescos que el bien en su diáfana nitidez, sucedió lo que decíamos antes: surgió la personificación sobre la masa flotante, y así como Faraón simbolizó á los egipcios, Nabucodonosor á las babilonios, Sardanapalo á los asirios, Nerón á los Emperadores romanos, Tartufe á los beatos devotos, Mazarino á los clérigos cortesanos, Lucero á los inquisidores, como si todos estuviesen cortados por un patrón, *Fray Gerundio* personificó para el vulgo á los frailes en sus sermones, y Currita á las damas más elegantes en sus hábitos y costumbres. ¡Un sofisma que equivale á personificar á los ángeles en el diablo, porque, al fin y al cabo, aunque caído, es un ángel! Ese es el único peligro de este género de apologéticas cristianas. El mundo, lo mismo que con las censuras de los Santos Padres al abuso de la autoridad, del poder y de la riqueza en la Monarquía, en el capital y en la iglesia, como el extranjero con los lamentos de Las Casas en favor de los indios americanos, hace armas traidoras de estas excepciones, convirtiéndolas en lugar común de sus declamaciones vulgares, y transformando en ponzoña el bálsamo regenerador, continúa la conjuración de la mentira contra la desarmada verdad, en guerra contra las almas, y por eso causa estupor la verdad cuando nos aparece sin velos y en toda su intensidad, como el P. Isla en esta tarde en el discurso del nuevo Académico. ¡Qué figura tan sacerdotal, tan española, tan digna! ¡Qué grandeza en medio de tanta miseria y pequeñez! ¡Qué libertad tan elevada, tan magnánima y tan serena en medio de tanta vileza, de tanta corrupción, de tanta y tan odiosa tiranía como por todas partes le rodea! ¡En verdad que el que sólo conozca al P. Isla por su regocijada forma literaria deberá quedar bien asombrado al saludar tras de las nubes festivas de la jovialidad y del chiste, á veces chavacano, trivial, al astro puro y sereno, majestuoso y augusto, grande y humilde á la vez, que vierte la luz celeste de sus rayos de oro á través de todas las impurezas de la triste realidad terrestre con toda la belleza moral del cristiano y del español heroísmo!

El cuadro aterrador evocado por el discurso del P. Coloma de aquellos miles de españoles arrancados alevosamente de sus hogares, arrojados en montón y despojados de todo, hacinados en malos barcos, sacudidos como las olas del mar de peñasco en peñasco, de puerto en puerto, como una maldición y un contagio, hasta el extremo de tener que acampar en las soledades, sobre los abismos del mar, como si los escupiera la tierra, sin permitirles comunicar con sus madres y sus familias, con sus amigos y sus hermanos; condenados á morir lejos de su Patria española, cuyas glorias históricas y literarias vindicaban al propio tiempo con sus escritos en los países extraños, no pudiendo ser justificados ni defendidos, bajo pena de delito de lesa majestad, es decir, bajo pena de muerte, y todo por una infame y miserable calumnia, forjada con toda la perfidia y la audacia de la impiedad, en documentos ridículos, para engañar al pobre Rey que fundaba el bárbaro decreto de deshonra y de proscripción en motivos que se reservaba en su real pecho, es un cuadro pintado por la mano de cieno del fanatismo sectario de la impiedad; disfrazado con el uniforme traidor, aunque cortesano, de los lacayos del Rey absoluto, que me hace hasta preferible el horror del de otro cuadro pintado por la mano sangrienta del mismo fanatismo sectario, de la misma impiedad, disfrazada con los usurpados harapos del pueblo, en que rugen las turbas asalariadas invocando la calumnia del envenenamiento de las aguas por los religiosos cuando el cólera, para asesinar á mansalva á los indefensos sacerdotes por infame disposición de las sociedades secretas organizadas por la Revolución, que cometió aquel espantoso *pecado de sangre*, según frase gráfica de un hereje. Porque al cabo este crimen es hijo espurio de la revuelta, del desorden y del delito, tiene por autor el puñal del ladrón y del asesino; el otro es hijo legítimo de la ley, es obra del Rey católico y español, lo legaliza el derecho, lo consagra la majestad, lo llevan á cabo sus ministros y encubre las realidades del crimen con los disfraces de la autoridad, velando vigilante por el orden en obsequio de la virtud. Es el diablo amparándose tras de la cruz hecha máscara de la irreligión y ocultándose con la púrpura del manto real convertido en la toga de la injusticia.

Y aunque es claro que todo en el fondo es lo mismo, ó sea

el odio satánico contra Dios, el odio gratuito que crucificó á Jesucristo y que Jesús anunció á sus discípulos como fruto natural de la Cruz; el odio, lógico al fin y al cabo, que profesan á la virtud los esclavos y los adoradores del vicio; el odio eternamente sectario de la impiedad; la *teofobia* de la tenebrosa ciudad de Luzbel contra la *santidad* de la ciudad luminosa de Cristo, que consagró el gran Obispo de Hipona en su asombrosa *Ciudad de Dios*, yo prefiero el *cinismo* de la *maldad* franca, declarada y resuelta, á la *hipocresía* de esa misma *maldad*, disimulada y oculta, clavando el puñal en el abrazo, sirviendo la ponzoña en el brindis, besando con los labios de Judas el rostro del Justo que se vende y se traiciona por precio vil con el acto mismo del beso.

Tal vez por esto me explico yo que, á pesar de las turbaciones de los tristes tiempos que alcanzamos, el P. Coloma no haya renegado jamás de las tradiciones gloriosas de su gloriosa Compañía, que, á pesar de haber sido formada por el gran soldado español en defensa de la autoridad, en la época crítica de la más furiosa revuelta, representó siempre el papel, tal vez excesivo ó equivocado en ocasiones, de mantenedor de la libertad en religión, en teología, en filosofía, en moral, en disciplina, en política, en literatura y en artes; lo que da muestra de la buena fe con que le persiguen en el mundo sus incansables detractores, acusándola de enemiga de la libertad y defensora del despotismo. Difícilmente, en el largo catálogo de sus víctimas, podrá presentar la historia de la tiranía una víctima, por lo perseguida y calumniada, más víctima que la Compañía de Jesús, y difícilmente también, en las persecuciones sufridas por la Compañía, habrá una escena más conmovedora y más triste, que ver al sabio Jesuíta español, al santo y venerable padre Isla, postrado y desfallecido por los achaques, por la edad, por el dolor, por el abandono y el hambre bajo las bóvedas solitarias de la desierta iglesia de Calpi, ó flotando más tarde á merced de los vientos y de las olas con sus compañeros de martirio, sin más amparo contra los abismos del mar que las inclemencias del cielo, aislados como un montón de apestados leprosos, como un puñado de monstruos execrados por la humanidad, que vomita y arroja la tierra, apartándolos lejos de sí, como si por altos fines de Dios quisiera en su furor presentarse

indefensa, ofreciendo desnudo y desamparado su pecho á las iras de la Justicia divina, que tan pronto iba á fulminar el rayo exterminador de la Revolución sobre los altares profanados y sobre los tronos seducidos.

Yo no sé la suerte que la historia reserve aún á la estragada salud y á la ya larga vida del R. P. Colòma, y ya han pasado los tiempos en que la universal execración hacía parecer imposible que al nombre y al grito de la más desenfrenada libertad volviese á ejercer su tiranía el más cínico despotismo. La historia se repite á veces con una identidad tan completa, que parece como que quiere inculcar con una y otra estéril repetición lo meramente honorario del diploma con que la honró la antigüedad de *gran maestra de la vida*. Porque es evidente que el discípulo insiste tanto en no aprender como la maestra en enseñar, y los vientos que corren ahora al parecer por el mundo se parecen mucho, por más absurdo que parezca, á los que corrían por él durante los últimos años de la vida del padre Isla. Lo que es en punto á ceguedad no creo que la clase media reinante tenga mucho que envidiar á la aristocracia imperante durante los preludios de la Revolución, que agradeció su inepta complicidad segando sin piedad sus cabezas; pero sea lo que quiera de este recelo, tan universal como estérilmente sentido, dado lo que á todas horas y en todas partes nos intiman los apóstoles numerosos de la destrucción social que se nos anuncia proclamándola en alta y sonora voz, estoy seguro de que en la hipótesis de que la historia se repita, como se repite en otros sitios, el autor de *Pequeñeces*, como el autor de *Fray Gerundio*, confirmaría con la cristiana paciencia de su persecución y martirio, la pureza de su intención en sus tan comentados escritos, dejando á la Academia, con el placer de aplaudirlos y de encomiarlos, el honor de haber contado en su seno al esclarecido soldado de la gran milicia española que podríamos calificar de otro segundo P. Isla. ¡Tanto se reproducen en él circunstancias de profesión y de vida, de valer y celebridad, de éxitos de librería, de estruendos de publicidad y controversia sobre el carácter de sus obras y de sólida y probada virtud, hija de su cristiana piedad y de puro y desinteresado amor á la noble profesión de las letras!

He dicho.

Isla, José Francisco de 319017
Author Coloma, Luis LS
I32
Title Discursos leidos ante la Real Academia Española .Yc
en la recepcion publica: ¿El padre Isla?.
DATE NAME OF BORROWER

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED